8555

Luis Martínez Giráldez y Alfredo Medinilla

¡Por ser la Virgen de la Paloma!

Drama popular madrileño
en tres actos y en prosa,
original

Copyright, by Luis Martínez Giráldez y Alfredo Medinilla. 1924.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1924

¡Por ser la Virgen de la Paloma!

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Noruègue et la Hôlande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡Por ser la Virgen de la Paloma!

Drama popular madrileño
en tres actos y en prosa,
original de

Luis Martínez Giráldez y Alfredo Medinilla

Estrenado con gran éxito en el teatro del Centro, de Madrid, en la noche del 6 de octubre del año 1924.

MADRID
IMPRENTA DE L. RUBIO
CALLE DE LAS AGUAS, 11, DUPLICADO
1924

A Enrique López Alarcón

Sin palabras, que por bellas y escogidas que fuesen, no acertarían a explicar toda la inmensidad de nuestra gratitud, dedicamos este primer intento de comedia que al amparo de su generosa protección fué representada.

Quisiéramos corresponder a tanto bien recibido con algo muy del corazón, muy íntimo, muy nuestro, y así le rogamos que al extender su mano en aceptación de nuestra humilde ofrenda, no la retire sin sentir en ella como el roce acariciador de unas azucenas, son los besos de nuestros hijos, que como el más preciado tesoro le envían.

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ASUNCION	Juana Gil Andrés.
ISABELITA	Elvira Morla.
LA ABUELITA SOLE	Camino Garrigó.
LA SEÑORA JUANA	María López Martínez.
CARMEN	Elena Cozar.
GLORIA	Victoria Rivera.
PEPITA	Dolores Durán.
LA CANDELAS	Carmen Ponce de León.
CAYETANO	Manuel F. de la Somera.
EL SEÑOR LORENZO	Luis Llano.
EL SEÑOR CRUZ	Alfonso Tudelá.
ANDRES	Rafael Victorero.
ERNESTO	Alfredo G. de la Vega.
LA CHICA DEL DELANTAL	Niña Rodríguez.
MUCHACA 1.ª	Salud Posadas.
» 2.ª	Pura Viñas.
» 3.ª	Consuelo Sara.

Derecha e izquierda del actor.

Nota. La acción del drama se desarrolla Del primero al segundo acto, diez y ocho en veintisiete meses.
meses, y del segundo al tercero, nueve meses.

ACTO PRIMERO

Nos encontramos en el interior de una modesta, pero primorosa tienda de confecciones para niños, que se supone situada en la clásica calle de Calatrava, de Madrid. Al foro, de derecha a izquierda, está el escaparate y la puerta que da a la calle. A ambos lados de ésta, maniquíes adecuados. Lateral derecha primer término, puerta al interior. Segundo ídem, estantería; delante de ésta, el mostrador. La lateral izquierda es una pared de la que penden vestiditos, sombreros, etcétera, etc. A este lado hay una mesita con algunos cachivaches propios de relojero, entre ellos un despertador a medio arreglar. Algunas sillas convenientemente distribuídas por la escena. Subido en una de éstas, el señor LORENZO se afana por colgar en la superficie de la puerta de entrada algunos trajecitos que a este efecto le va entregando ASUNCION, protagonista de este cuento, y una real mujer con toda la hermosura en la cara y en el corazón tan propicia a las hijas de esta bendita tierra. El señor Lorenzo es su padre, y es la encarnación del madrileño castizo y honrado a carta cabal (vale mucho el señor Lorenzo.) Junto al mostrador, y con una gran cesta al brazo como para ir a la compra, la señora JUANA contempla sonriente el grupo descrito.

671053

LORENZO — Na, que no atino.

ASUNCION — Pero padre, si tos los días atina usted.

LORENZO — Pues hoy... ya lo ves, o ha crecido la puerta o se me han achicao los brazos... Vamos, gracias a Dios. *(Atinando por fin.)*

JUANA — ¡Qué atrocidad!... Ni que tuvieras que colgar la ropa en lo alto de la Puerta de Toledo.

LORENZO — Bueno; chuflas, no. ¿Te suspendo algo más?

ASUNCION — Estos tres vestiditos... el fresa, el café y el chocolate.

LORENZO — Ajajá, el fresa aquí; el chocolate aquí; oye, tú, ¿aónde pongo el café? Porque no le queda hueco.

JUANA — Ponlo en la Gran Vía. *(Asunción ríe la salida de Juana.)*

LORENZO — *(Bajándsoe de la silla.)* No te rías... pues si le ríes las ocurrencias, te has caído con to el equipaje, porque este fotograbao no es tu tía, ni es mi hermana, ni na de eso; es el sindicato único de la chirigota pa molestar al prójimo.

ASUNCION — ¡Pobre tía Juana! Si no la hay más buena.

LORENZO — *(Haciéndole una carantoña.)* También eso es verdad. *(Por la lateral derecha sale Cayetano. Es un gran muchacho, marido de Asunción y relojero de oficio. Viste modesto, pero muy aseado.)*

CAYETANO — ¡Vaya!... Aquí hay un hombre.

LORENZO — Nadie lo hemos dudao.

ASUNCION — Pero... ¿ya te vas?... Sin que te haya yo cepillao la ropa, ni te haya hecho el nudo de la corbata...; que te juro que no vuelve a pasar.

CAYETANO — Vamos, anda, pero... ¿Han visto ustedes qué cría ésta?...

LORENZO — Ella se lo habla to.

CAYETANO — Es más regocijante que una charlotada. ¡Como si yo tuviera queja de tí! *(La aca-*

ricia.) Y me ha tocao en suerte la mujer más bonita y más serrana...

JUANA — La pobre quié estar en too.

CAYETANO — Y lo está, tía Juana. Lo único que hay aquí, y eso ya se lo tengo yo dicho a ésta, es que trabaja demasiao, que la tienda le da mucho que hacer, y no hay necesidad; con lo que yo gano, tenemos sobrao pa vivir tos tan ricamente, ¿no es verdad?

LORENZO — Chico, yo soy neutral en este asunto... Vosotros veréis...

ASUNCION — No sigas, Cayetano, te lo ruego; la tienda pa mí es un recreo, una distracción, te lo aseguro; además, mi madre tenía puestos en ella sus cinco sentidos.

LORENZO — Vaya, me vais a dar el te. No me recuerdes a tu madre. No me recuerdes a tu madre por lo que más quieras, mujer.

CAYETANO — Bueno, terminó el incidente. Yo también la quería, padrino, que no en balde con usted me tuvo en la pila, y no en balde va a hacer ahora un año que soy el maridito de su hija y el padre de su nieto. Pero a la vida hay que ponerle siempre buena cara, y aquí se ha dao de mano en la tristeza. ¿Estamos?

LORENZO — Sí, hombre, sí; no hemos de estar. Acongojaos, pero estamos.

CAYETANO — Por supuesto, que al salir le he dao un beso al chaval que lo han debido oir en la Gran Bretaña.

ASUNCION — ¿No lo habrás despertao, Cayetano? Bendito, ¡hijo de mi alma!

JUANA — Va a ser la perdición de las mujeres el condenao.

LORENZO — Y la gloria de su abuelo.

CAYETANO — Beno; hoy, en esta casa, es el día de fiesta más grande que ha registrao la historia.

ASUNCION — ¡Y que lo digas, Cayetano!

CAYETANO — ¡Una tontería! Presentación del niño, en

los brazos de su madre, a la Virgen de la Paloma, reina de Madrid y del mundo entero. ¡El caos! ¡Hay que tirar la casa por la ventana!

LORENZO — Se tirará.

CAYETANO — Ya que el bautizo resultó deslucío, por no encontrarse ésta bien entoavía, quié decir que ahora lo celebramos to de un golpe.

LORENZO — Eso sí que no; si hay golpes, conmigo no contar. *(Dicho esto, se sienta a la mesita que hay a la izquierda, simulando arreglar el despertador que habrá en la misma.)*

JUANA — Ni conmigo tampoco.

CAYETANO — *(A Asunción.)* Con que ya lo sabes; invita a las muchachas del obrador y a to el que quiera gozar de nuestra dicha.

ASUNCION — Descuida, hombre, que la presentación del niño a la Virgen será soná.

CAYETANO — ¡Arrea; las nueve menos veinte! Voy a llegarme a la relojería pa decir al maestro lo que pasa; que hoy me declaro en huelga...

JUANA — Bueno; la que se evapora soy yo, que hay que hacer la compra y se va la mañana.

CAYETANO — *(Abrazando a Asunción.)* Hasta luego, negra... ¡Ay, que te quiero yo, ninfa de la Fuentecilla!...

ASUNCION — *(Dejándose querer.)* ¡Anda, cobista... que vas a llegar tarde!

JUANA — *(Que se habrá detenido unos momentos en el foro, antes de salir. Señalando al grupo de Asunción y Cayetano.)* ¡Y que me haya yo quedao soltera!... *(Va a salir a la calle en el momento en que entran de la misma en escena Carmen, Gloria y Pepita. Son oficialas del taller que Asunción regenta. Vienen a su trabajo y vienen dando guerra con sus personitas gitanas o... madrileñas, que es decir mucho más.)*

GLORIA — ¡Buenos días, señora Juana!

CARMEN ¡A la plaza! ¡Eh, a la plaza!

JUANA Sí, hija; pero no a la de toros, porque... del modo que lo has dicho...

PEPITA ¿A la comprita?...

Le va a usted a salir cara
la mañanita.

JUANA Qué le vamos hacer,
Pepita.

(Vase.)

LORENZO A ésta no la achica ni Espronceda. *(Carmen, Gloria y Pepita avanzan al proscenio riendo. Algazara general.)*

ASUNCION Muy bien; ya está aquí mi gente.

CAYETANO ¡Como que son las tantas!

GLORIA ¡Hola, maestra!

CARMEN Y la compañía... que los tengan ustés muy buenos; los días, digo...

CAYETANO Gracias, Carmencita; igualmente.

PEPITA ¡Jajay! Don Cayetano en casa,
algo pasa.

ASUNCION Pero oye... ¿Tú no puedes hablar en prosa una vez siquiera?...

CARMEN ¿Quién, ésta?... ¡Imposible! Tié la obsesión del verso. Con decirle a usted que en su calle la llaman «La Zorrilla».

LORENZO ¡Hombre!... Yo creo que no hay derecho.

CAYETANO La verdad es que aquí se lían a poner motes y no reparan en na.

ASUNCION Ese Zorrilla fué el que escribió el «Don Juan Tenorio», ¿no?

LORENZO Claro, mujer; eso lo saben hasta las criaturas.

PEPITA Además, tiene otra función muy buena, que me gusta la mar... ¡Ay! ¿Cómo se titula?... Es una que...

GLORIA Ya lo sé yo cuál es... ¡«La Montería»! *(Aquí la actriz, si lo juzga conveniente, en lugar de «La Montería» puede citar el título de la obra teatral que esté más en*

boga cuando esto se represente. Todos ríen el exabrupto.)

PEPITA — No es esa, no; pero... ya me acordaré...

LORENZO — ¡Callarse, hombre, que me falta un tornillo! *(Ya se ha dicho que está componiendo un reloj.)* ¡Camará, valiente nube en cuanto entráis vosotras!

GLORIA — Oiga, Cayetano, y disimule la molestia... ¿Va usted pa la relojería?

CAYETANO — Con esa idea me he levantao, pero...

GLORIA — Lo digo porque se lleve usted mi relojito de pulsera... No sé qué tiene en la manilla que no funciona. Anoche se me quedó pará en el cine.

LORENZO — ¿Pará en el cine la manilla?... ¡Vamos... que no lo creo! *(Por el foro, la Chica del Delantal. Es una chavalilla de unos siete años, muy redicha y muy avispada. Trae en la mano un pequeño envoltorio que contiene un delantalito de niño, tan chiquitín, que más que para el uso de un niño parece hecho a propósito para un muñeco.)*

CHICA — Ustedes disimulen... ¿Es aquí la?... Sí, aquí es.

ASUNCION — Entra, preciosa... ¿Qué quieres?...

CHICA — Verá usted; yo soy mandá, porque anoche estuvo aquí mi madre y compró este delantal pa mi hermanito el peque.

ASUNCION — A ver. *(Lo coge y lo deslía.)* ¡Ah! Sí, ya recuerdo... ¿Y... qué tiene?...

CHICA — ¿El peque?... Anginas; por eso no lo trajo madre anoche.

ASUNCION — No, mujer; te digo que qué tiene el delantal. ¿Por qué lo traes ahora?... ¿No le ha gustado a tu padre o qué?...

CARMEN — Vamos, no le había de gustar, si es una monada.

GLORIA — Parece cosa de juguete.

CAYETANO — Monísimo. Al nuestro tenemos que ponerle uno igual.

CHICA — Mire usted; lo que pasa, es que madre no vale pa comprar... Ya se lo tengo dicho, pero... ¡que si quieres!... Si me mandara a mí, mejor le crecería el pelo... ¡Qué aburrimiento!... Tié una que estar en to... ¿Verdad, señora?...

ASUNCION — ¡Digo!... Una mujercita como tú, ¡pues... no faltaba más! *(Todos celebran la expulsación de la chiquilla.)*

CARMEN — ¡Qué chica tan salada!

PEPITA — ¡Qué rica!

GLORIA — Es toda una mujer de su casa; no se puede dudar.

CAYETANO — Un encanto.

ASUNCION — Bueno, pues... Usted me dirá, señorita.

CHICA — El delantal es muy bonito, lo más chic, pero... al peque le está grande.

ASUNCION — ¿Qué dices? Si no pué ser; si es la medida más pequeña que tenemos... *(El señor Lorenzo, que desde la salida de la Chica, sin intervenir en el diálogo, habrá seguido con curiosidad el incidente desde su asiento, se levanta mirando el delantal con la lente que usa para los relojes.)*

LORENZO — Pero... ¿que le está grande al peque?...

CHICA — Sí, señor, sí; se pierde dentro. Mírelo usté sin el chisme ese.

LORENZO — *(Mostrando a todos el delantal.)* Fijarse bien, que esto es un simulacro de indumentaria.

CAYETANO — Sí que debe abultar poco la criatura.

LORENZO — *(A la Chica.)* ¿Qué edad tiene ese niño?

CHICA — Docemesea.

LORENZO — ¿Cómo?

CARMEN — Que tiene un año, ¿verdad?

CHICA — Eso mismo.

ASUNCION — *(Deja el delantal en el mostrador.)* Pues hija; toma las tres pesetas y dí que este tamaño es lo más reducido, lo corriente pa ponerlos de corto.

CHICA — Bueno; perdonen si he faltao, y hasta otra.

GLORIA — Adiós, mujer; que crezca el hermanito.

ASUNCION — Y que engorde un poquito más.

LORENZO — Y dí a tu madre que si quiere sacar vestido al peque... que lo meta en un calcetín... Es el único modo.

CHICA — *(Al tiempo que hace mutis por el foro:)* Se hará lo que se pueda y... se estima la buena voluntad.

PEPITA — ¡Qué cría! Es pa hacer un sainete.

LORENZO — No he visto cosa igual.

ASUNCION — Bueno, niñas; hoy no se trabaja.

ASUNCION — ¿Que no se trabaja, maestra?... ¿Le ha tocao a usted la lotería?...

GLORIA — Algo mejor que eso... Subiros al taller y esperarme, que aquí no quiero jaleo. Ya os explicaré...

CARMEN — Chicas, no salgo de mi apoteosis... ¿Qué santo será?

PEPITA — San aguja quieta.

GLORIA — Por mi... ¡Viva la huelga!

LAS TRES — ¡Viva!... *(Mutis derecha de las tres con igual algazara que cuando entraron en escena.)*

LORENZO — ¡Pobres chicas!... Consuela verlas siempre con la risa en los labios, a pesar de la vida que llevan...

CAYETANO — ¡Toma, la que llevamo todos los que no tenemos ni cinco!... ¡Trabajar! Bueno; me las piro, que a este paso, cuando llevemos al chico a la Paloma nos va a tener que abrir el sereno. *(Da un golpecito cariñoso al señor Lorenzo, y con un beso se despide de Asunción, que le acompaña hasta la puerta del foro, desde cuyo dintel simula unos momentos verle marchar.)*

ASUNCION — *(Mirando a la calle.)* Menudo paso lleva. No le alcanza un cohete. *(Viene junto al señor Lorenzo, que nuevamente se habrá*

sentado a la mesita.) Pero ¿qué compostura es esa, padre?

LORENZO — Es el despertador del señor Cruz, el dueño del tupi de aquí al lao.

ASUNCION — ¡Ah, sí... Tupinamba! Ese mote le han puesto.

LORENZO — Bueno; pues... Tupinamba se ha empeñao en que esto tié que andar y pué que sí que ande.

ASUNCION — ¿Le falta alguna pieza?

LORENZO — ¡La esfera!

ASUNCION — *(Trajinando por la tienda.)* ¿La esfera?... Entonces... ¿pa qué le va a servir?

LORENZO — Ya me lo ha explicao; dice que con que suene es suficiente; porque su objeto es ponérselo al oído a la parienta cuando empiece a roncar, pa que se modifique. *(Por el foro La Candelas. Es una mujer como de unos cuarenta años; ha debido ser bonita, pero está envejecida por la vida de trabajo y sufrimientos que lleva. Viste muy pobremente.)*

CANDELAS — Buenos días.

LORENZO — Felices.

ASUNCION — Buenos los tenga usted, señora... ¿Qué desea?...

CANDELAS — Pues yo quería... es el caso que yo tengo una niña, sabe usted, mi hija... lo cual que ahora, pa el día de la Ascensión, que es el jueves, quieren en el colegio que haga la primera comunión.

ASUNCION — Vaya, la felicito; debe ser tan hermoso pa una madre ese momento... ¿Estará usted verdaderamente emocioná. deseando que llegue?

CANDELAS — Emocioná es poco; no querrá usted creer, pero llevo un porción de noches sin dormir cavilando. Yo soy buena cristiana...

ASUNCION — Y buena madre.

CANDELAS — ¡Por Dios!... ¿Puede no haberlas? ¿Y la

niña? Esa, está que no cabe en sí de alegría pensando en to... En lo guapa que irá y en la dicha que espera. Porque ella es muy juiciosa, y sabe, sabe lo que va a hacer. Se va usted a reir, pero yo, conforme va llegando el día, la miro con respeto como a cosa santa.

ASUNCION — Es muy justo.

CANDELAS — Perdóneme; estoy tan poco acostumbrá a tener alegrías, que no sé hablar de otra cosa y la estoy entreteniendo.

ASUNCION — No, no; la oigo con mucho gusto; diga cuanto quiera...

CANDELAS — Mi objeto, al molestarla, es porque me han dicho que aquí tienen ustedes unos trajes muy lindos, y, sobre to, que son considerados en el precio.

ASUNCION — Sí, es verdad. De primera comunión, tenemos un modelo precioso; se vende mucho. ¿Quiere usted verlo?...

CANDELAS — Si tiene la bondad...

ASUNCION — ¡Digo; pa eso estamos! *(Ahora suena el despertador que está arreglando el señor Lorenzo.)*

CANDELAS — ¿La llaman?

ASUNCION — *(Riendo al tiempo que coloca sobre el mostrador una caja, de donde saca un traje de primera comunión.)* No, es mi padre, que está arreglando un despertador.

CANDELAS — Por muchos años.

LORENZO — Señora, si lo quiere esta misma noche. ¡Calla, condenao! *(El despertador obedece.)*

ASUNCION — Ve usted; esto es lo que más se lleva. Es un traje de vuela magnífico.

CANDELAS — ¡Oh!, es divino. Va a ir hecha una reina la hija de mi alma! ¡Lo que su padre gozaría si la viera!

ASUNCION — ¿Está ausente su marido de usted?...

CANDELAS — No, señora no; está en el hospital; lleva

ya cuatro meses, y cuando fuí el domingo a verlo, me dijeron las hermanitas que aún tardaría mucho en curar. ¡No quiera usted saber lo que yo estoy pasando!

ASUNCION ¡Pobre mujer!... ¿Y es grave lo que tiene?...

CANDELAS Un paralís que no se pué valer; to el lao derecho muerto; ni incorporarse puede siquiera. Ya ve usted, un hombre joven, trabajador, que no lo hay más bueno... Y no es sólo la pena de verle así postrao en la cama de un hospital, es también, la miseria, porque yo sola he de atender a to y no pué ser, me mato a trabajar y nunca llega. Con lo que él era pa su mujer y pa su hija, señora, que en nuestra pobreza nunca nos faltó na cuando él lo ganaba.

ASUNCION Sí que es una desgracia.

CANDELAS Y menos mal que hay personas muy buenas, que aquí en Madrid, no es tan malo ser pobre. Nunca falta un corazón que la sepa a una consolar, ni una mano que la proteja... sin ir más lejos, la señá Antonia, la de la frutería de la calle Toledo...

ASUNCION ¡Torpe de mí! Claro, ya decía yo. ¿Usted es la asistenta que va a lavar a casa de la señora Antonia?...

CANDELAS La misma...

ASUNCION ¿Candelaria, no?

CANDELAS Sí señora; la Candelas me dicen.

ASUNCION ¡Digo, mujer, ya lo creo! Mucho que me ha hablao la señora Antonia de usted, de su situación y de la nena. ¡Pobrecita!...

CANDELAS Hace por mí to cuanto puede. Ahora, a la niña, pa su primera comunión, le ha regalao el velo, los zapatitos y un rosario precioso. Y ella me dijo: «Mira, Candelas, pa comprar el vestido, vete a la calle de Calatrava, en ca de la Asunción, que es la

persona más decente que se pone detrás de un mostrador...

ASUNCION — Por Dios, no tanto... De manera que... ¿se queda usted con éste?... *(Por el vestido.)*

CANDELAS — Bien quisiera; es tan lindo... Pero no me ha dicho lo principal: el precio...

ASUNCION — Por eso no vamos a reñir, como dicen los buenos comerciantes... Este marca *(Mirando la etiqueta.)* cincuenta pesetas...

LORENZO — *(Aparte.)* Ganamos seis duros.

ASUNCION — Vaya, por ser usted, se lo dejo en los ocho duros... pa que lo lleve.

LORENZO — *(Aparte.)* Perdemos dos duros.

CANDELAS — ¡Ocho duros! Si eso es una fortuna, pero... ¿en qué estao yo pensando, Dios mío?... Creí que era cosa de mucho menos.

ASUNCION — ¿Cuánto se puede usted gastar entonces?

CANDELAS — Usted calcule... A costa de muchos sacrificios, he logrado juntar quince pesetas, y eso... cenando muchas noches un cacho de pan... Dios lo sabe.

LORENZO — *(Aparte. Siempre en su labor.)* Y pensar que hay quien tira el dinero

ASUNCION — No se apure; también por ese precio tenemos algo muy bonito... Espere... *(Pausa. Asunción busca y coloca sobre el mostrador otro traje de primera comunión muy sencillo, que forma contraste con el primero. Entre tanto, Candelas examina embelesada el vestido que no puede adquirir, y que habrá quedado también en el mostrador a un lado.)*

CANDELAS — *(Atendiendo al nuevo vestido que le muestra Asunción. Con desencanto.)* ¿Y ¿éste vale?

ASUNCION — Este... quince pesetas. Es sencillito, pero muy mono; la hechura está muy bien y es de batista.

CANDELAS — Claro... *(Como ensimismada.)*

ASUNCION — ¿Qué... no le gusta?

CANDELAS — Después de ver el otro, se nota tanto la diferencia... ¡Lo que hubiera ella disfrutao con estas galas, Jesús! ¡Pobre mía! En fin; póngame el de batista, ¡qué remedio!; es to lo que su madre le pue ofrecer. No se quedaría sin el otro a buen seguro y sin to lo mejor si su padre estuviera bueno... ¡Qué le hemos de hacer!... *(Difícilmente reprime el llanto que acude a sus ojos y pone sobre el mostrador tres monedas de cinco pesetas.)*

ASUNCION — Válgame Dios; no se va usted a ir contenta. ¡Con el trabajo que le ha costao reunir este dinero!...

CANDELAS — No me haga caso; soy una imprudente; este vestido también es muy bonito, ¡ya lo creo!, y sobre to, que debemos tener conformida con nuestra suerte; lo contrario es una soberbia... Voy contenta, señora, muy contenta... Se lo aseguro. *(Pequeña pausa.)*

ASUNCION — *(En un medio aparte.)* Sí, sí. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? *(Como sorprendida por una súbita idea sale del mostrador, se acerca a Candelas y con mucha emoción.)* Mire usted Candelas; hoy es pa mí un día muy grande, muy grande. Voy a presentar a mi hijo a la Virgen de la Paloma pa que siempre sea bueno y Ella lo ampare. ¡Qué menos puedo hacer pa merecer su protección que un bien tan pequeño, en cambio de lo que Ella va a darme!... Lleve usted el traje, el bueno, el que le gusta. Guarde usted su dinero, que no le faltará en qué empiearlo y dígale a su niña que yo se lo regalo y que cuando se acerque al altar para hacer su primera comunión se acuerde de mi hijo y que pida por él. *(Rápidamente coloca el vestido en su caja y se lo entrega a Candelas.)*

LORENZO (*Aparte.*) Lo hemos perdío to.

CANDELAS Pero... ¿qué dice usted?... ¿Es posible?... ¡Dios mío, qué caridad tan grande! ¡Qué alma tan buena! Gracias, gracias; yo la bendeciré mientras viva, con toa la gratitud, con to el cariño de que pué ser capaz una madre, pa agradecer el bien que le hacen a sus hijos... Bendita, bendita seas... (*Asunción, muy afectada, no acierta a responder, las lágrimas acuden a sus ojos. Candelas, lentamente, va hacia la puerta del foro, donde se detiene unos momentos, en tanto que el señor Lorenzo, que habrá seguido con avidez la escena, acude presuroso al lado de Asunción, y poseído de emoción intensa.*)

LORENZO Así es mi hija....Así son toas las hijas de este pueblo tan grande, que da su corazón entre risas y bromas. (*En su transporte de entusiasmo, besa las manos de Asunción y la abraza efusivamente, al tiempo que Candelas, casi llorando de alegría, con mímica expresión de agradecimiento, hace mutis por el foro. Pausa.*)

ASUNCION ¡Qué consuelo se siente cuando hacemos un bien, aunque sea tan pequeño como el que acabo yo de hacer ahora!... (*Transición.*) Se tarda Isabelita, ¿verdad?... Tengo tanta costumbre de verla aquí, en la tienda, que... no me apaño sin ella...

LORENZO Inconvenientes de tener dependencia.

ASUNCION No diga usted eso, padre. Isabelita no es una dependienta.

LORENZO Bueno; la encargá del establecimiento.

ASUNCION Tampoco. Isabelita es una amiga de chipén; de las que no se encuentran... En fin, mientras llega o no llega, voy a subir pa decirles a esas... Si alguien viene a comprar me llama usted.

LORENZO Descuida, que no te toco a la existencia,

porque esto del comercio no es pa mí... A lo mejor, me piden unos calcetines y despacho un sombrero.

ASUNCION ¡Qué exageración! *(Riendo la ocurrencia, hace mutis por la derecha al tiempo que en el foro surge el señor Cruz. Es como se ha dicho: el dueño de un tupi cercano y un tipo muy castizo y muy original; debe mover a risa su sola presencia. Trae en la mano un servicio de café, que deja sobre el mostrador.)*

CRUZ ¡Expansionarse!...

LORENZO Hombre, el señor Cruz; el tupinambero.

CRUZ El mismo; y que pués decir, Lorenzo, que te camelo yo a tí un rato largo... Porque no me negarás que es la fetén de la *fraternidaz* universal el venir en persona a traerte una taza de moka, el propietario vitalicio de un tupi como el que yo sustento.

LORENZO Lo que son las cosas; yo estaba en que era el tupi el que te sustentaba a tí.

CRUZ Ahí pues poner un vice-versa.

LORENZO Puesto.

CRUZ Acordeones ambos sobre el particular, y ahora, aproxímate al mostrador, con solaz, con arrobamiento, porque lo que vas a tomar no es café, es *néztar*...

LORENZO Ya sé que das buen género.

CRUZ Qué, ¿te pongo mitá y mitá *(Sirviéndole.)*

LORENZO Justo; un promedio.

CRUZ ¿Azúcar ...

LORENZO ¡Un hectógramo na más!

CRUZ Oye, tú, que de esa no tengo.

LORENZO Pues... ponme dos terrones y en paz.

CRUZ *(Aparte.)* Azúcar de hectógramo; mañana la pido. *(Pausa. El señor Lorenzo prueba su café. El otro queda en expectación, esperando el fallo.)* ¡Eh! ¿Qué tal?

LORENZO *(Exagerando con el gesto su agrado.)* ¡Ca-

nela! Lo que te digo, chico, que se deja tomar.

CRUZ — Expansionarse... Regocíjate y saborea...

LORENZO — Se explica que se te haiga aumentao la clientela.

CRUZ — Vista, y na más que vista, ¡Lorenzo! Mira; el grano me lo traen de Puerto Rico, ultramarino, y la leche, la hacemos en casa...

LORENZO — *(A punto de tirar la taza, que deja en el mostrador.)* ¡Asesino!

CRUZ — Hombre, déjame terminar. La hacemos en casa someter a un análisis, porque hay vacas que, en lugar de dar leche, te dán a lo mejor un disgusto muy serio. Y, sobre to, el secreto de que mi casa se haiga acreditao hasta el paroxismo, está en el reclamo. Porque yo soy un emperador del anuncio. Empieza por el nombre del establecimiento: «La gota de Ambrosia». Café, cervecería y algo más.

LORENZO — Sí que es bonito; pero... oye, tú, ¿a esa Ambrosia de dónde la has sacao?...

CRUZ — Del servicio doméstico, miá tú éste... Esa fué una gachí que, en tocante a oler bien, se hizo el ama. Pero bueno, to esto es na en comparación de los obsequios que se hacen en la Gota, porque el que entra en mi tupi a tomar un vermut, ya pué decir que ha hecho su suerte.

LORENZO — Esa sí que es la fija.

CRUZ — Tú verás; por quincito, tu buena copa de aperital, aceituna, patata y anchoa, un billetito del tranvía con anuncio a la colección; un mondadientes de enebro perfumao, un papel de fumar y un bono numerao con derecho a elegir una pieza en la pianola. A ver si hay quien dé más.

LORENZO — Que sí, hombre, que sí, que tiés razón; lo único que no encaja, dá tu manera de pen-

sar, es lo que has puesto en el rotulito; eso de... Proveedor de la R. C.

CRUZ ¿Lo ves?... Na, que sois unos analfabéticos. Cuando menos, sus habéis figurao que eso quié decir: proveedor de la Real Casa.

LORENZO Natural.

CRUZ ¡Te digo que es para congestionarse de regocijo! Vamos a ver, ¿aónde está enclavao mi establecimiento?

LORENZO ¡Qué pregunta!; donde el mío; en la calle de Calatrava.

CRUZ Pues más claro no se pué poner: Proveedor de la R. C., proveedor de la rue Calatrava.

LORENZO Aplastao.

CRUZ Pupila que hay, y lo demás son cuentos... Bueno *(Reogiendo el servicio.)*, hasta más ver...

LORENZO No hombre; hasta dentro de un rato, si es que nos quiés acompañar a...

CRUZ ¿Es hoy lo del chico?... Pues na, ya me tiés aquí. Me voy a transformar un poco, porque así no estoy en carácter pa un acto litúrgico... Vaya, expansionarse y disponer. *(Vase por el foro.)*

LORENZO *(Queda solo un momento, dando a entender con el gesto que está más loco que un cencerro el señor Cruz. De improviso, pone una cara muy extraña; la adecuada a quien le da de pronto una fuerte punzada en el estómago.)* ¡Ay, su madre! ¡Que este verdugo me ha envenenao! *(Se sienta. Al foro, Ernesto. Es un muchacho distinguido, de simpático aspecto y expansivo trato. Viste elegante, pero sobriamente, sin refinamientos ni detalles de dudoso gusto. Durante la escena anterior ha debido pasar dos o tres veces por delante de la puerta y del escaparate, como tratando de inspeccionar, desde la calle, el interior de la tienda.)*

ERNESTO (*En la puerta y aparte.*) Decididamente, yo pregunto. (*Acercándose al señor Lorenzo.*) Muy buenos días... ¿Cómo está usted?

LORENZO Rabiando.

ERNESTO (*Algo desconcertado.*) ¡Caray!.. ¡No es nada grata la ocupación!

LORENZO Sí señor; rabiando del estómago.

ERNESTO ¡Ah, vamos!... Es usted dispépsico.

LORENZO Ca hombre; soy parroquiano del tupi de aquí al lao, que es mucho peor...

ERNESTO Cuánto lamento importunarle, encontrándose así, indispuesto; pero... la verdad, señor Lorenzo...

LORENZO (*Levantándose.*) ¿Sabe usted mi nombre?...

ERNESTO Así parece.

LORENZO (*Aparte.*) A lo mejor es alguien de la familia y está uno tan descuidao.

ERNESTO Yo soy... el novio de Isabelita.

LORENZO ¿Qué me dice usted?

ERNESTO Eso, que soy... el novio de Isabelita.

LORENZO Doblemente enterao y doblemente gustoso en estrechar su mano... Ya me han dicho que es usted un novio de ¡óle con óle!

ERNESTO Concretando; lo que yo quería era saber qué ha sido de mi novia, porque ayer quedamos en que hoy por la mañana la esperaría frente a su casa, ahí, en la calle de la Paloma, y... nada. Llevo más de una hora de plantón sin verla salir.

LORENZO Le digo a usted que las mujeres.

ERNESTO No, ella es siempre muy puntual. Por esto me he permitido molestarle, por si aquí saben si le ha ocurrido alguna cosa...

LORENZO Ya lo creo, hombre... aquí sabemos...

ERNESTO ¡Vaya, gracias a Dios!

LORENZO Aquí sabemos eso... que no ha venido todavía...

ASUNCION (*Por la derecha.*) Padre, ¿ha entrao alguien a comprar?... ¡Ah, buenos días! (*Repa-*

rando en Ernesto, que saluda con una inclinación.)

LORENZO — No ha entrao más que este caballero, y... ¿a que no supones quién es?...

ASUNCION — Ya lo creo; el novio de Isabel.

LORENZO — Acertólo.

ERNESTO — ¿Es usted adivina?

ASUNCION — No señor; soy... curiosa, y ya le he calao desde la puerta alguna vez en la esquina.

ERNESTO — Yo también tenía el gusto de conocerla. *(Dándole la mano.)*

ASUNCION — ¿También?...

ERNESTO — Sí, porque ya la he calao desde la esquina, alguna vez en la puerta. *(Ríe Asunción.)* y, sobre todo, porque Isabelita me ha hecho de usted deliciosas ausencias... Puede creer que la adora...

ASUNCION — Y yo a ella... ¡Es tan buena amiga! Bien puede quererla, que no encuentra otra. Se lo dice a usted una mujer que conoce el paño.

ERNESTO — Lo sé, lo sé, y... por eso mismo es Isabelita mi mayor alegría y mi mayor pena.

LORENZO — La solución mañana. Eso es talmente un jeroglífico... con perdón sea dicho.

ASUNCION — Calle usted, padre.

ERNESTO — Tiene razón el señor Lorenzo.

ASUNCION — *(Intrigada.)* Diga, Ernesto... ¿por qué es Isabelita su pena y su alegría a la vez?...

ERNESTO — Es mi alegría, por el amor que trajo a mi corazón; y es mi pena, por su atormentadora obstinación en no dar fe a la verdad de mis sentimientos...

ASUNCION — ¿Duda?...

ERNESTO — Duda de todo, recela, sufre y me hace sufrir...

ASUNCION — *(Tras breve pausa.)* Claro, la posición de usted es tan distinta de la de ella...

ERNESTO — Por Dios, nada de eso. Isabelita es una muchacha fina, y... en tocante a fortuna,

tengo lo estrictamente indispensable para vivir ayudándome con mi profesión.

ASUNCION — Y... ¿usted venía a buscarla?...

ERNESTO — Extrañado de su tardanza, supuse que pudiera estar aquí; pero... ya su papá me ha dicho...

ASUNCION — No se inquiete; seguramente habrá tenido que salir con su abuela.

LORENZO — ¡Oh, la abuelita Sole!... ¡Gran mujer!... Si Isabelita no tuviera otras cosas pa entusiasmar a usted... que sí que las tendrá de fijo, sólo con ser la nieta de su abuela era bastante.

ASUNCION — *(Que se habrá asomado a la puerta.)* Ellas vienen.

ERNESTO — *(Con alegría.)* ¿De veras?...

LORENZO — Gracias a Dios... Ya se le ha puesto a este hombre otra cara. *(Por el foro, Isabelita y la Abuelita Sole. Forman una pareja muy delicada y atrayente. La Abuelita viste de negro, muy aseada con su manto. Viene apoyada en el brazo de su nieta. Esta es una preciosa muchacha, perfectamente en consonancia con lo que de ella dijo Ernesto. Viste con mucho gusto, hasta elegante, dentro de su modestia. Viene de velo.)*

ISABEL — *(En la puerta a Asunción.* ¿Me estabas esperando?...

ASUNCION — Anda, buena pieza, que nos tenías a todos preocupaos...

ISABEL — ¿A todos?...

ASUNCION — Sí, porque... mira quién está ahí.

ISABEL — *(Entrando presurosa.)* ¡Ernesto!

ERNESTO — *(A su encuentro.)* ¡Chiquilla!

ISABEL — Se le saluda a usted, señor Lorenzo.

LORENZO — Verbigracia, señorita Isabel.

ASUNCION — *(A la Abuelita, que habrá quedado junto a ella.)* ¿Qué dice la abuelita Sole? *(La besa.)* ¿Nos acompañará a la iglesia, verdad?

SOLE — ¿Es hoy por fin la presentación del nene? Pues sí que os acompaño, ya lo creo.

LORENZO — ¡Hola, abuela!... ¿Se acuerda usted de cuando fuimos novios?...

SOLE — Virgen Santísima de la Paloma, ¡qué calumniador! *(A Asunción.)* No le hagas caso.

ISABEL — Pues me he tardao porque...

SOLE — Sí, hemos ido a ver a una amiga que hacía mucho tiempo que no sabía de ella y... por cierto que la hemos encontrao en una situación muy apurada... la pobre...

LORENZO — En este Madrid hay tanta miseria.

SOLE — La pobre... estaba dando a luz.

LORENZO — Sí qué me he colao.

ASUNCION — Claro, ¡como se mete usted en to!

ERNESTO — *(A Isabelita.)* Ahora es la ocasión de que me presentes.

ISABEL — Mira, abuelita, Ernesto... ya sabes, quiere saludarte...

SOLE — Tanto gusto. *(Aparte.)* No es tan feo como yo creía...

ERNESTO — Señora, deseo merecer de usted una acogida favorable, leal... Mi intención para su nieta no puede ser más digna, la única que debe un hombre albergar tratándose de una mujer como ella.

SOLE — Así lo creo.

ERNESTO — Tenga la convicción. Es muy fuerte mi amor, porque me enamoré antes del corazón que de la belleza de Isabelita.

ASUNCION — Sí que es bonito eso, Ernesto.

ISABEL — Este, si le dejan hablar...

LORENZO — *(A Ernesto, con algún ademán adecuado.)* Bueno, ¡que es usted un tío!

SOLE — *(A Isabelita.)* Y... ¿tú que dices, nena?

ISABEL — Yo, abuelita...

LORENZO — ¡Qué ha de decir! Venga de ahí y... a casa a ver lo que pasa.

SOLE — Siendo así... Quiérala usted, Ernesto, y hágala muy dichosa...

ERNESTO — Yo le juro...

SOLE — Le creo, y al entregársela, le entrego lo único que me queda en la vida. Desde muy niña no ha conocido más amor que el mío.

ISABEL — Vamos, abuelita, que se emociona usted, y puede hacerle mal.

SOLE — Piensa, hijo mío, si será digno de perdón el hombre que para hacerla desgraciada fuera capaz de romper este lazo; considera el valor de lo que me pides, la felicidad que te entrego, al unir en este instante su mano con la tuya. *(Lo hace.)* Ahora sí que del todo se quedó ya solita la abuelita Sole...

ISABEL — Abuela, abuelita.

ERNESTO — Por Dios, no diga usted eso.

LORENZO — Bueno, que se me acaba de hacer un nudo en el gañote, es más histórico que el descubrimiento de América.

ASUNCION — ¡Qué se había usted de quedar sola! ¡Al contrario!

ERNESTO — Naturalmente; nunca se separará de nosotros.

ISABEL — ¿Quién pensó otra cosa? *(Acariciando a la Abuela.)* Pa mí la felicidad no existe, no puede existir sin compartirla en todo con mi viejecita del alma.

ERNESTO — Bien dijo usted, señor Lorenzo, que la Abuelita Sole es el alma del Madrid que fué orgullo de nuestros padres.

LORENZO — Naturalmente, chico, la chipén; lo que le dije, «La Revoltosa», mayor de edad...

SOLE — Y usted... «Don Luis el Tumbón»; ¡qué manía de poner motes a las personas.

ISABEL — Así quiero yo verla, alegre.

ASUNCION — Como que no hay motivo pa otra cosa, pues... *(A Isabelita.)* ya verás; luego la vamos a hacer hasta bailar.

SOLE — ¿Bailar yo? ¡Jesús, qué desatino!...

LORENZO — Y que va a ser conmigo, abuela.

SOLE — El demonio es esta chiquilla. *(Por Asunción.)* Mira que yo bailando y con este esperpento... ¡Tedría que ver!

ERNESTO — Y... ¿qué santo es hoy para tanta fiesta?... Si puede saberse.

LORENZO — ¡Casi na! Pero... criatura, usted está en la lactancia en tocante a acontecimientos europeos.

ISABEL — Es que Asunción y Cayetano presentan a la Virgen su niño y... ¡figúrate tú!; quieren celebrarlo dignamente.

ERNESTO — Nada más justo.

ASUNCION — Espero Ernesto, que usted también nos acompañará.

ERNESTO — Ya lo creo; no faltaba más.

SOLE — Pero... ¿para qué hora lo vais a dejar? No veo movimiento... ¿Y el protagonista de la fiesta?...

ASUNCION — El niño... Arriba está; suba usted, Abuelita, si quiere darle un beso. Lo está vistiendo la Pepita; ella es muy apañá y muy cariñosa, y como el día del bautizo lo vistió también, no he querío quitarle ese gusto; así he podío atender a la tienda pa no cerrar hasta que venga Cayetano y nos marchemos.

SOLE — Pues mira, sí que voy a subir.

ASUNCION — Están las chicas locas de contento, probándose unas mantillas que les he sacao pa que vayan más bonitas.

ISABEL — Yo subiré con usted, abuela, que la escalera es muy pina.

SOLE — No te apures, tontuela, que no me caigo.

ASUNCION — Mira, mejor que suba Ernesto con la abuelita. Mientras tanto, tú y yo dejamos esto en condiciones pa en cuanto llegue Cayetano me echo yo un velo y ya estamos tos en la Paloma.

ERNESTO — Por mí... honradísimo.

SOLE — Vaya; pues... aceptado. Miren qué galán me ha salido...

ISABEL — Estoy muy contenta, abuela.

ERNESTO — Y yo encantado de su bondad.

LORENZO — Y al final, tos calvos... que es lo más célebre.

SOLE — *(A Isabelita.)* Hasta ahora. nenita, y... reciba usted mi enhorabuena. *(Transición. Besándola en la frente, muy emocionada.)* ¡Niña del alma!

ISABEL — Hasta ahora, Abuelita. *(Mutis derecha de la Abuelita Sole y Ernesto.)* ¡Ay, señor Lorenzo de mi alma!... ¡Qué feliz soy!

LORENZO — Eso... ¡cuéntaselo a tu abuela!

ISABEL — Ya se lo he contao y... que le ha parecido el cuento colosal, na más.

ASUNCION — ¡Ahí es na; la señora del abogao! Porque ya tié el título, ¿verdad?

ISABEL — Sí; ahora, en junio, hará un año que terminó la carrera. *(Por el foro la señora Juana. Vuelve de la compra con su cesta al brazo como cuando se fué; pero viene desencajada. con el terror impreso en el semblante. Queda un momento detenida en la puerta y respaldándose en el quicio como si le faltaran fuerzas para continuar, exclama:)*

JUANA — ¡Jesús!... *(Asunción. Isabelita y el señor Lorenzo. rápidamente se percatan de la actitud en que llega y casi simultáneo. corriendo a su encuentro.)*

ISABEL — ¡Señora Juana!...

ASUNCION — ¡Tía!...

LORENZO — ¡Dios mío. viene enferma!... ¿Qué tienes? Habla. dí.... *(Isabelita le coge la cesta que deja en un ángulo de la escena. Entre Asunción y Lorenzo. ayudan a la señora Juana a avanzar al proscenio. haciéndola sentar en una silla.)*

ASUNCION — Pero... ¿qué le ha ocurrido a usted? ¿Se ha puesto mala?... ¡Conteste!

JUANA — ¡Es horrible; es horrible!

LORENZO — Habla, mujer, que se nos está quedando fofo el pellejo. *(Asunción, que maquinalmente habrá vuelto la cabeza, divisa por entre los cristales del escaparate la silueta de un hombre, que desde la salida de la señora Juana paseará la calle, da un grito indescriptible de espanto.)*

ASUNCION — ¡¡Ah!!... ¡Virgen de la Paloma! ¡Andrés!

ISABEL — ¿Qué dices?...

LORENZO — *(Interrogando con infinita angustia.)* ¿Andrés...

ASUNCION — Sí, sí.... Mirarle; es él, es él... ¡el causante de mi deshonra!

JUANA — *(Levantándose del asiento.)* ¡El mismo! ¡Es espantoso!

LORENZO — ¡Andrés! ¡Andrés!... ¿Pero es posible? ¿Pa qué vuelves a cruzarte en mi camino? ¡Ah, canalla!... *(Súbitamente se precipita al cajón de su mesa de trabajo, donde, entre ruido de herramientas, busca con avidez un arma. Las tres mujeres corren a sujetarle.)*

ASUNCION — ¡Padre!... ¿Qué va usted a hacer?...

LORENZO — ¡A matarlo!...

JUANA — ¡No, hermano; mi hermano de mi vida!

ISABEL — ¡Señor Lorenzo, por Dios; por su hija, tranquilícese usted!... ¡Por la memoria de su mujer, a quien tanto quiso! *(Entre las tres consiguen serenarle, haciéndole sentar.)*

LORENZO — *(Trocado su furor en desconsuelo.)* Pues por esa memoria tan sagrada te juro que no ha de ser... No fué bastante cobardía la deshonra de mi hija, y ahora, cuando hay un hombre que tuvo fe en la causa de su caída y la dió su nombre; ahora que Dios bendice esta unión con el regalo de ese

hijo, en el que cifran toda su alegría... ahora vuelve de nuevo... ¿Por qué?... *(Cogiendo una mano a Juana con intensa emoción.)* ¡Dímelo tú!... ¿Por qué vuelve? ¡Dios mío!... *(Llora con pesar infinito.)*

ISABEL ¡Qué desdicha tan grande, Señor! Pero... ¿qué puede aquí buscar ese hombre?...

ASUNCION ¡Mi desesperación, mi ruina!

LORENZO ¡No será! ¡Antes te juro que!... *(Poniéndose en pie.)*

ASUNCION *(A Juana.)* Y usted, ¿le ha hablado?

JUANA Desde la calle de Toledo vino detrás de mí; pero antes de llegar a la Fuentecilla me dí cuenta. ¡Figúrate mi asombro, tos que creíamos que el infame estaba en América! Al ir ya a entrar en casa, muerta de espanto, me alcanzó y dice que quiere hablar contigo, que no se irá de aquí sin lograrlo, aunque se encuentre con el mismo Cayetano en persona.

ISABEL ¡Eso no puede ser; hay que evitarlo!

JUANA ¿Pero cómo?...

ASUNCION ¿Dice que quiere hablar conmigo? Pues hablará ahora mismo; en este instante.

LORENZO ¿Contigo qué tié que hablar ese hombre?... ¿Por qué razón?... ¿Por qué?

ASUNCION Porque así tié que ser, padre, pa saber...

ISABEL ¿Y si llegara Cayetano?

ASUNCION *(Reparando en Andrés, que vuelve a pasar por delante de la tienda.)* ¡De nuevo pasa! No vacilar. ¡Dejarme!

JUANA Vamos, Lorenzo; es preciso.

LORENZO Pero no comprendéis que...

ASUNCION ¡No atormentarme! ¡Es un minuto! *(A duras penas, entre Juana e Isabelita logran llevarse al señor Lorenzo. Mutis derecha de los tres. Queda sola Asunción. Momento mímico de gran intensidad. Parece vacilar presa de gran congoja y de improviso, rápida, se dirige a la puerta del foro al*

tiempo que en la misma aparece Andrés. Por los elogios tributados a este personaje, se viene en consecuencia de la clase de pájaro de que se trata. Viste bian, a lo chulo; es cínico, guapo en su arrogancia matonil de hombre capaz de todas las infamias que ha descrito el diálogo. Asunción se hace a un lado de la puerta, y enérgica, como sobreponiéndose a su infinito horror:) ¡Entra!

ANDRES — Con permiso. *(Avanza al proscenio resueltamente.)*

ASUNCION — ¡Sola estoy!... ¡Pronto! ¡Dí lo que quieres!

ANDRES — No quiero más que hablar contigo, mujer.

ASUNCION — ¡Hablando estamos!

ANDRES — ¡Mentira me parece!... Sí que te encuentro la mar de guapa, chica! Te sienta bien el matrimonio.

ASUNCION — ¡Acaba de una vez o no tendré paciencia pa escuchar! ¿No te fuiste a América? ¿Pa qué has vuelto, dí? ¡Mal hombre, mala entraña!

ANDRES — De América se vuelve transatlánticamente; ¡mía tú ésta!, y... a saber si me habré marchao o ha sido eso un timo ultramarino que te han dao con mi persona...

ASUNCION — Sea lo que sea, lo que quiero saber es por qué has vuelto, qué buscas en esta casa honrá, en la que tu presencia es una injuria tan grande... tan grande, que no sé cómo Dios permite que estemos aquí ahora los dos frente a frente, sin que se hunda el mundo y sepulte pa siempre entre sus ruinas, mi vergüenza y tu traición.

ANDRES — Espera, terremoto, que no es pa tanto. Yo me fuí o hice como que me iba, por dar tregua, al decir de la gente.

ASUNCION — ¡Cobarde!

ANDRES — Y he vuelto, porque algún día tenía que volver a buscar lo que es mío.

ASUNCION — ¡Lo que es tuyo!...

ANDRES — ¡Claro, sultana! ¿O es que te habías figurao que porque un cura te leyera cuatro latines y te echara la bendición con un gachó de buenas tragaderas, me iba yo a evaporar del mapa?...

ASUNCION — Calla, calla... A mí me puedes insultar, pisotear, como ya lo hicistes; pero a él, no, porque si vuelves a ofenderle, soy capaz de...

ANDRES — Ja, ja, ja... Cuidao que sois romáticas las mujeres. A que va a resultar ahora que estás enamorá de tu marido...

ASUNCION — Enamorá, que poco es eso... Daría por él la salvación de mi alma, la sangre de mis venas, mi vida entera sin vacilar un momento.

ANDRES — ¡Pero que ni pintao, paloma! Precisamente, too eso que tú darías por él, es lo que vengo yo buscando pa mí, porque me pertenece, y eso lo sabes tú... El es un confiao, que no hizo más que recoger lo que yo fingí que dejaba.

ASUNCION — ¡Calla, calla, miserable!...

ANDRES — *(Apresándola en sus brazos, de los que lucha ella denodadamente por desasirse.)* Si es que te quiero, te quiero más que nunca.

ASUNCION — Suelta, suelta.

ANDRES — Y tú, tampoco me has podido olvidar; lo que digistes de tu amor por el otro, es mentira, porque yo fuí el primero... el primero que...

ASUNCION — ¡Ah!... *(En un supremo esfuerzo, logra escapar de los brazos de Andrés, derribándole al suelo, y corre presurosa al mostrador, apoderándose de unas tijeras grandes que habrá en el mismo.)* Vete, vete; si das un solo paso hacia mí, si pronuncian tus la-

bios la palabra que ibas a arrojarme a la cara... por mi hijo te juro que te parto el corazón. *(En el instante en que Andrés se levanta del suelo, y queda indeciso, salen de nuevo por la derecha la señora Juana, Isabelita, el señor Lorenzo, y tras ellos, la Abuelita Sole, Ernesto, Carmen, Gloria y Pepita, ya puestas de mantilla para ir a la iglesia. Una de las muchachas trae en los brazos al niño de Asunción. Es un muñequito de un mes de edad, puesto de gran gala, como para el acto a que se le lleva. Asunción, al ver al señor Lorenzo, se refugia en sus brazos como quien ya no puede resistir más.)* ¡ Padre !... ¡ Padre !... ¡ Ampáreme usted !...

LORENZO — ¡ Hija de mi vida !...

ISABEL — Pero... ¿qué ibas a hacer? Loca, más que loca. *(Le quita las tijeras.)*

JUANA — *(A Andrés.)* Salga usted.

LORENZO — Sí; pronto, cuanto antes, salga usted, si no quiere perder a tos pa siempre en esta casa.

SOLE — Pero... ¿qué es esto, Asunción?... ¡ Hija mía. *(Por el foro, Cayetano y el señor Cruz.)*

CAYETANO — Eso pregunto yo... ¿Qué es esto??... ¿Qué busca aquí este hombre?

ASUNCION — ¡ Cayetano !...

ANDRES — *(Aparte. Reaccionando.)* Yo he venío tan sólo pa cumplir un deber de amistad: felicitar a toos los familiares por el feliz susuceso que van *ustés* a celebrar. Me creo yo que con esto a nadie he faltao.

CRUZ — Vamos, que lo que el señor ha querido no ha sío más que hacer una visita de cortesía.

ANDRES — La fija; usted me comprende y me anima a manifestar que, la *verdaz*, no hay derecho pa dejar de invitar a un amigo que tiene,

pero... que la mar de satisfaccion en to lo que aquí pasa.

CAYETANO — No hay más que hablar... Yo quiero a esta mujer, que es mía, ¡bueno, pa qué he de ponderar!, y a este hijo de mi sangre, inmensamente más que a too lo que se puea querer en la vida; por él es nuestra fiesta tú quieres disfrutar de ella, ven; grande es nuestro rencor, tiene raíces muy hondas, pero... no importa, el rencor espera. Tienes razón, Andrés; acompáñanos si así lo deseas...

ASUNCION — Eso no pue ser, Cayetano; donde esté yo, no pue estar ese hombre.

CAYETANO — Donde estés tú conmigo, pue estar sin que te ofenda el mundo entero.

LORENZO — ¡Pero eso no pue ser, Cayetano!...

CAYETANO — Es mi deber, padrino.

ANDRES — Bien hablao; ¡así se portan las personas! Tan sólo se me ocurre un reparo, uno na más, y es que... ¡señores, me resulta exageradamente confiao este papá de pega!...

CAYETANO — ¿Cómo?...

LORENZO — ¿Qué dice?...

ANDRES — *(Hacia la puerta, tratando de ganar la salida.)* Dicho está, que yo, antes de presentar a la Paloma, un chico así, con tanto jaleo, procuraría estar bien enterao de si el chaval era o no de mi pertenencia.

CAYETANO — *(Con un grito infinito de horror.)* ¡Eh!... ¿Qué has dicho, miserable?... *(Rápidamente, sin que nadie pueda evitarlo, se abalanza sobre Andrés como pudiera hacerlo la fiera más temible sobre su presa. Momento indescriptible de espanto en todos.)*

ASUNCION — ¡Mátalo, Cayetano; mátalo sin piedad, por la honra de tu hijo!...

ISABEL — ¡Dios clemente!...

ERNESTO — ¡Separarlos!...

LORENZO — Quietos, ¡la razón al que la tenga! *(La lu-*

cha es tremenda y brevísima. Andrés, al verse acometido, sacará una navaja que con inaudita destreza consigue arrebatarle Cayetano, asestándole con ella un golpe mortal. Andrés vacila unos instantes y cae desplomado.) ¿Lo has matao?... ¿Lo has matao?...

CAYETANO — El lo quiso.

ASUNCION — Cayetano, mi vida... ¿Qué has hecho?...

CAYETANO — Herirle donde él me hirió con sus palabras; en el corazón. ¡Ya estamos pagaos!

CUADRO FINAL. TELON RAPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Estamos nuevamente en casa de ASUNCION y CAYETANO; pero no en la tienda, lugar de la acción del acto primero, sino en el piso superior de la misma, que sirve de vivienda a nuestros infortunados amigos. Es la escena, la habitación principal (digámoslo así), una especie de sala-comedor, bien dispuesta, dentro de la sencillez y estilo corriente de estos hogares madrileños a tono con la clase de nuestros personajes. Son las paredes empapeladas. A la derecha hay una puerta abierta que da al pasillo; otra a la izquierda de cristales, cerrada, que comunica con una alcoba. El centro del foro lo ocupa un balcón practicable de amplias dimensiones, dentro, naturalmente, de la proporción adecuada a un balcón por grande que sea; las puertas de cristales del mismo, con sus visillos, están cerradas, y abiertas y adosadas a la pared, las de madera, que para dar mayor entonación al conjunto de casa antigua, deben ser de las que antes se usaban, de un solo cuerpo.

Los detalles del mobiliario son: aparador con sus atributos, una cómoda sobre la que habrá un cuadro de la Virgen de la Paloma, con su juego de floreros a los lados, un sofá antiguo de paja ó rejilla, sillería propia de comedor y un reloj de pared. Todo distribuído convenientemente en los espacios que

a ambos lados y al foro dejan libre las tres comunicaciones que requiere la escena. En el centro de la misma, una mesa de comedor, y sentado a ella, entretenido en poner en formación unos soldaditos de plomo, el SEÑOR LORENZO. Es una tarde de noviembre. Han transcurrido diez y ocho meses desde el acto anterior. Luz del día hasta la mitad del acto, en que se inicia la crepuscular, haciendo uso a indicación del diálogo para la última escena, del aparato eléctrico de comedor que pende del techo sobre la mesa a una altura adecuada.

Empieza el acto. El SEÑOR LORENZO, sólo en escena y en la ocupación mencionada, permanece breves momentos. De la alcoba sale la señora JUANA, cerrando al salir la puerta con mucha precaución para no hacer ruido.

JUANA — Ya se ha dormido.

LORENZO — Lo siento; no sé qué empeño tenéis toas las mujeres en que los chicos duerman.

JUANA — Pero hombre, si es su costumbre... Toas las tardes se echa su sueñecito.

LORENZO — Impuesto por la *superioridaz*, u sea por tí o por su madre.

JUANA — Bueno; como quieras...

LORENZO — Siempre me ha pasao igual... ¡Tonterías, figúrate! Los niños dormidos, me dan miedo, respeto, qué sé yo... Me paece que dejan de existir por unas horas, pa volar muy alto, como si huyeran de la pena que aquí les aguarda...

JUANA — ¡Pobre hermano mío! Cuánto has sufrido y cuánto sufres desde el maldito día en que... No eres el mismo... ¿Dónde está tu carácter alegre? ¿Tus chistes malos, como yo te decía?...

LORENZO — Tiés razón. ¿Dónde está la felicidad que perdimos?... Pero no te apenes por na... Si echas de menos mis salidas de tono, mis chistes disparataos, yo improvisaré en tu honor una ocurrencia pa hartarse de reir; verás... ¿En qué se parecen estos sol-

daos que he formado en la mesa a?... *(No puede terminar la frase, y sollozando abraza a su hermana, que en este instante debe estar escuchándole algo inclinada junto a él. Pausa.)*

JUANA — Vaya, hay que tener formalidad; ni que fuéramos dos chiquillos. Por supuesto, que tú, más que chiquillo, jugando a los soldaos.

LORENZO — Entretenía al niño cuando tú lo llevastes a acostar; después... seguí formando el batallón sin darme cuenta, pa aprender a jugar con él, pa luego.

JUANA — ¡Hijo de mi vida! Tan chiquito y tan desgraciao. *(Coge un lío de costura y al otro lado de la mesa se pone a repasar unos calcetines.)* No lo quiere su padre, no lo quiere. Nunca le da un beso.

LORENZO — Es que él es así.

JUANA — No lo era antes, que bien se desvivía por su hijo y por tos... ¿Qué veneno han metido en su corazón las palabras de aquel infame?...

LORENZO — El más horrible, el más dañino de tos los venenos. ¡Los celos! Pudo matar al hombre y lo mató; era su deber; por eso la justicia le perdonó en la tierra y en su día también Dios le perdonará en el Cielo; pero la palabra espantosa, la injuria aborrecible que escupieron sus labios, esa no la pudo matar y vive y acabará con él, con tos nosotros, que será nuestra desesperación, nuestra ruina.

JUANA — ¡Los celos!... ¿Pero se puede dudar teniendo una mujer como Asunción, que es pa ponerla en un altar?...

LORENZO — ¡Me lo vas a decir a mí, que soy su padre! Buena es, como puea serlo la más buena... Diez y ocho meses han pasao desde aquella mañana espantosa, y cada hora,

cada minuto, parece que en lugar de alejarnos nos acerca más a la angustia de aquel día. ¿Ves to lo qué sufrimos durante el año que Cayetano estuvo encarcelao, que no es pa dicho?... ¿Recurdas la inquietud, el temor, la esperanza del día en que se vió la causa, que no sé cómo pudo el corazón sentir y contener tanta ansiedad?... Como si ahora lo viviéramos, renace en nuestra alma la alegría del instante en que salió absuelto, y, sin embargo, en aquel mismo instante, cuando cogió en sus brazos a su hijo pa darle un beso, vi yo, la ví, la sombra de la duda cruzar por su mirada, y aquella sombra salió directa de su corazón, donde estaba escondía, guardá, y allí volvió de nuevo traicionera a ocultarse como diciendo: «Ya eres libre, ya estás al lao de los tuyos, pero... qué importa si yo he de separarte de ellos pa siempre, pa toa la vida...

JUANA — Ese recelo de Cayetano pué ocasionar desgracias mucho mayores que las que ya han pasao.

LORENZO — Esa es mi pena... Pero sintiendo, como hombre, honradamente, te digo que Cayetano no pué pensar de otra manera... Pa eso tenía que estar formao de un barro distinto al de los demás hombres y no es posible.

JUANA — Pero... ¿y la fe, la seguridad en el amor, en la honra de su mujer, de la madre de su hijo?...

LORENZO — Palabras... Después de aquella ofensa tan descarná, tan cruel, el hombre más honrao, haría lo que hizo Cayetano, pero después... después dudaría no ya de su mujer, sino de su propia madre. Esto te lo aseguro yo, que sé del corazón humano.

JUANA — ¡Qué va a ser de esta casa, Dios mío!

LORENZO — Calla... Ella llega. *(Por la derecha, Asunción.)*

ASUNCION — Aquí vengo un poco; me marea hoy el trajín de la tienda.

JUANA — ¿Te sientes mal?...

ASUNCION — No, como siempre... ¿Y usted, padre, por qué no sale a dar un paseo, a distraerse?... No sé qué me da verle así, sin gusto pa ninguna cosa...

LORENZO — ¿Aónde quiés que vaya?...

ASUNCION — A cualquier lao, pa ahuyentar las penas, los malos pensamientos.

JUANA — Pos si de ese modo se logra, nos vamos a tener que ir tos, lo menos a Constantinopla, y... pué que ni por esas.

LORENZO — Déjalo estar; ya querrá Dios que vuelvan las cosas a ser lo que siempre han sío.

ASUNCION — Dice usted bien; ya querrá Dios, y... si no quiere... ¡Quién lo pué evitar!... *(Se sienta a la mesa de frente al público y guarda en su caja los soldados del niño. Después, hasta nueva indicación, puede tener entre manos alguna labor de costura.)*

JUANA — ¿Se fueron las muchachas

ASUNCION — Menos la Carmen, que se ha quedao al cuidao de la tienda, las demás toas se han ido pa acompañar a la Pepita, pa animarla en estas horas tan tristes... ¡Qué menos puén hacer sus compañeras!...

JUANA — ¡Pobre hija!

LORENZO — Buen trago el suyo también... pa ir viviendo.

ASUNCION — No tié consuelo; ¡con lo que ella quería a su madre!... Cuando dijeron esas esta mañana que había muerto, sentí que toas mis penas eran na comparás con la suya.

JUANA — Así es el dolor; no queda mal con nadie. A tos nos tiene reservao nuestro día.

ASUNCION Luego iremos a verla, ¿verdad, tía Juana?

JUANA ¡Ya lo creo! Cuando tú digas.

LORENZO No sé si estaré yo confundido. ¿Esa Pepita es de las oficialas de tu taller, la que tié la costumbre de decirlo tó en verso?...

ASUNCION La misma.

LORENZO Pos a la noche iré yo también, y si es preciso, me quedaré velando...

ASUNCION Eso, no, padre...

JUANA Si acaso, Cayetano...

ASUNCION Con Cayetano... ¿quién pué contar?... Pero usted, no, padre; usted está delicao pa pasarse una noche en vela.

LORENZO ¡Tonterías, delicao!... Si se trata de alguna diversión, pa eso sí estaré to lo delicao que quieras, pero si se trata de cumplir un deber, de hacer una buena obra, el hombre que sea hombre, está dispuesto siempre, a toas horas... *(Por la derecha, el señor Cruz, alegre y ocurrente como nunca. Viene la mar de sugestivo, a lo castizo, pero muy bien de ropa y alhajas, un hombre bien de la calle de Toledo.)*

CRUZ ¡Expansionarse! Aquí me cuelo, con la venia y aprobación del familiar concurso.

JUANA Es usted muy dueño.

ASUNCION Adelante, señor Cruz, que usted viene siempre a su casa.

CRUZ Estimando.

LORENZO ¡Hombre, el amigo Tupinamba!... *(Se levanta.)*

CRUZ No te incorpores, Lorenzo, que entre nosotros, la confi te releva de to el ceremonial a que por otro lao te obliga tu esmerá educación.

JUANA Digo, ¡eh!... Y que viene como pa retratarse al óleo. ¡Eche usted postín!

CRUZ Entoavía se pué uno permitir el lujo de presumir unas miajas, señá Juana. Me pae-

ce a mí que hay aquí circunstancias personales que se dejan apetecer.

JUANA — Y pué que lo diga de veras... Pues en casa hemos perdío tos el apetito.

CRUZ — Torino.

JUANA — ¿Qué?...

CRUZ — Que se impone el vermouth, señora; y a to esto *(Al tiempo que da la mano a Juana y luego a Asunción.)*, saludando y volviendo a saludar.

LORENZO — Pero... ¿no te sientas?

CRUZ — Eso sí que no... Yo soy la *aztividaz* personificá y el tiempo no me pertenece; yo no me siento ni pa ponerme las botas.

ASUNCION — Pues sí que eso es difícil.

CRUZ — No mujer; me las pongo acostao.

JUANA — La *aztividaz*, no hay más que verlo.

LORENZO — ¿Y qué es de tu vida, que aunque semos vecinos, no se te ve el pelo?...

CRUZ — *(Quitándose el sombrero por si lo del pelo es alusión.)* Eso digo yo, que hace un porción de días que ni tú ni Cayetano entráis por el tupi; ni en tan siquiera va la señá Juana, que algunas de Cazalla la tengo despachás...

JUANA — ¿A mí?... ¡No le hagáis caso!...

CRUZ — Bueno, de Cazalla y de ojén, que la omisión no implica pa la veracidad del hecho.

LORENZO — Es que no tenemos gusto pa na... bien lo sabes.

CRUZ — Pero cuidao que sois románticos en esta familia... ¿Es que porque pasara lo que pasó sus vais a meter tos a cartujos?... ¡Expansionarse, hombre, que la vida es fímera!...

ASUNCION — Tié usted razón, señor Cruz... A ver si logra usted animar un poco a mi padre...

CRUZ — Naturalmente; y pa eso vengo. Ya sabéis que debido a un pellizco que le saqué a la Nacional lotería, y a que el negocio no va

del todo mal, *azquirí* un local de la calle de Toledo, que es la fetén del decoro industrial, lo cual que le están dando los últimos toques y retoques, y quié decir que mañana es la inauguración oficial del citao recinto, que responde a este privilegiao titulito: «Bar Mussolini»... Con que ya quedáis enteraos pa que, con Cayetano a la cabeza, vayáis, libéis y retocéis cuanto se os apetezca, como el caso requiere.

JUANA — No está mal... Pues sí que iremos... ¿Verdad, Asunción?...

ASUNCION — Por mí...

LORENZO — Iremos, pero... la cabeza la dejamos en casa, ya lo verás.

CRUZ — ¿Cayetano?...

LORENZO — Ese no tié ganas de fiesta, ni nosotros tampoco; pero... por complacerte...

CRUZ — ¡Bah!... Yo le convenceré.

LORENZO — En fin, chico, que hay que darte la enhorabuena; ¡estás en grande!

CRUZ — Y no he de parar, Lorenzo, en tan y mientras no consiga que me den en traspaso el café de San Isidro y el Nacional...

LORENZO — ¡Arrea, pues eso sí que es un negocio!...

CRUZ — Y no es por miedo a la competencia, no lo creas; es na más que por el gusto de variarles el nombre; porque daos los tiempos que corremos, lo de Nacional está muy cursi.

LORENZO — ¡Hombre, eso!...

CRUZ — La *verdaz;* yo le llamaré Café de Rusia, que es la cuna de la libertad.

ASUNCION — Y al de San Isidro, ¿qué nombre le va usted a poner?...

JUANA — Y que el Santo le perdone, porque de fijo habrá pensao alguna *atrocidá*...

CRUZ — El de San Isidro, tié su nombre marcao: «Café de Lenin», que Dios le tenga en su monoscovita gloria. *(En la puerta del pasi-*

llo, Isabelita y Ernesto. Viste Isabelita, con irreprochable elegancia; de sombrero.)

ISABEL — ¿Se puede pasar?...

ASUNCION — *(Saliendo a su encuentro con marcada alegría.)* ¡Isabelita, Ernesto!...

LORENZO — ¡Qué sorpresa tan grata!

JUANA — ¡Chiquilla ,qué guapetona estás!... *(Saludos adecuados.)*

ERNESTO — Aquí nos tienen ustedes, entrando de rondón, como en país conquistado; hemos subido por la tienda sin anunciarnos...

ASUNCION — No faltaría más...

ISABEL — Nos dijo Carmen que estábais en casa.

CRUZ — Se saluda con toda *urbanidaz* y reverencia al matrimonio ideal.

ERNESTO — Esto es tener suerte; encontrarnos también con el amigo Tupinamba.

CRUZ — Saben ustedes que se les quiere y se les distingue de chipén, de *verdá.*

ISABEL — Lo mismo que nosotros correspondemos.

LORENZO — Pero ¿aónde os metéis, egoístas como tos los felices?... Nos tenéis olvidaos.

ERNESTO — No diga usted eso.

ASUNCION — Ya, ya; eres una ingrata; te dejas desear de un modo...

ISABEL — Salimos pocas veces; el niño ata mucho.

CRUZ — Sin embargo, lo que hace *usté,* Isabelita, es ejemplar, porque no toas las madres son lo mismo.

JUANA — ¡Qué habían de ser!

ASUNCION — Y menos con su posición.

LORENZO — Bueno, bueno; dejarse de poesías, ¡porra!, que me van a hacer de llorar estos monigotes.

CRUZ — Tié razón el señor Lorenzo. La elevación de espíritu es incompatible con una buena digestión; expansionarse y... a otra cosa.

JUANA — ¿Y tu madre, Ernesto?

ERNESTO — Tan buena como siempre.

ASUNCION ¿Y la abuelita Sole?...

ISABEL De verla venimos.

ERNESTO Hecha una buena moza.

ISABEL No hay quien la saque de su madriguera.

JUANA Pero ¿no os sentáis?

LORENZO A buena hora...

ASUNCION Libertad tienen ellos pa hacer aquí lo que les venga en gana.

ISABEL Yo sí me sentaré.

CRUZ Pues a Ernesto no le dejo yo apoltronarse, porque se me ha ocurrido una idea.

ERNESTO Buena será.

LORENZO Me estoy fijando en lo que rueda el tiempo; ¡la niña que hace ña, como quien dice, vimos jugando a las muñecas, con un chico de pecho!... ¡Envejece, envejece el corazón!

CRUZ Y el pellejo.

ERNESTO ¡Digo!, tres meses ha cumplido hoy mi chaval.

ASUNCION Y seis meses ya de que Cayetano fué absuelto.

LORENZO Gracias a la defensa maravillosa de Ernesto.

ERNESTO Eso no; yo fuí su abogado porque era mi deber, tratándose de quien se trataba. Pero la causa era tan justa, tan diáfana y evidente, que por sí sola, se defendía.

JUANA No recordar.

ERNESTO *(A Asunción.)* ¿Se aflige usted? No quise ni siquiera preguntar por Cayetano, por no remover asunto tan desagradable... ¿Qué es de su vida?... ¿Está más tranquilo?...

ASUNCION Peor, peor ca día; si sigue así, no sé lo que va a suceder. *(Hay una pausa corta que abruma, como si por la escena cruzara una ráfaga de dolor.)*

ISABEL ¿Y tu niño, Asunción? No tenemos perdón de Dios, no haberte preguntado.

ERNESTO Por evitar.

ASUNCION — Dormidito está; si él pudiera saber lo qué su madre sufre...

LORENZO — *(Aparte a Ernesto.)* ¡Qué tristeza! Si él pudiera saber lo que su padre piensa!...

CRUZ — Bueno; a lo mío. He dicho antes que tenía una idea... ¿Se pué expresar?

ERNESTO — Se puede.

CRUZ — Pues a las tres, y ya es... Quié decir que en tanto que las damas dialogan, aquí, el señor Lorenzo, *usté*, con to su golpe de abogao y un servidorito, hacemos mutis sigilosamente por un lapso de tiempo imprudencial y nos trincamos en mi tupi, que es muy de ustedes, a lo castizo, unas copitas de lo que se tercie... ¿Hace?...

ERNESTO — Ya lo creo, hombre; pues no faltaba más.

LORENZO — Pero si yo...

ASUNCION — Vaya usted, padre.

CRUZ — Tú te callas y evoluciónas.

ERNESTO — No nos va a dejar feos.

CRUZ — Mira que dejarme feo a mí.

JUANA — Sí, hombre; ve y expansiónate un poco.

CRUZ — Lo que yo digo siempre, ¡expansionarse!, que es lo principal.

ISABEL — Sube pronto, Ernesto, que en este tiempo se echa en seguida la noche encima, y por el niño no debemos volver muy tarde. Por Dios, no bebas mucho...

CRUZ — Pero cómo han de beber mucho si van invitáos por mí a mi tupi. No hay cuidao. Estará con nosotros doña sobriedad. Con que hasta mañanita, y... lo tratao; y *uzté*, señora, hasta la vez primera.

ISABEL — Que siga usted tan bueno, señor Cruz.

ASUNCION — Hasta mañana.

ERNESTO — Yo, hasta dentro de unos minutos.

JUANA — Andar, andar...

LORENZO — Esto sí que es sacarle a uno de sus casillas. *(Mutis animado por la derecha de Lorenzo, Ernesto y el señor Cruz.)*

JUANA (*A Isabelita.*) Me vas a dispensar que te deje con Asunción; voy a arreglarme un poco pa que vayamos a ver a Pepita. ¿Te has enterao? Su madre...

ISABEL Sí; nos lo ha dicho Carmen. ¡Pobre muchacha! Mañana iremos Ernesto y yo a verla.

JUANA ¡Qué tristeza de vida, Señor, qué tristeza. (*Vase por la derecha.*)

(*Quedan solas Isabelita y Asunción. Hay una pausa, y Asunción se acerca a Isabelita con mucha emoción.*)

ASUNCION Isabelita...

ISABEL Siéntate aquí a mi lado y no me digas nada o dilo todo; como quieras. Yo bien comprendo tu dolor, y no sé qué daría por poderte consolar.

ASUNCION Isabelita, qué horrible es mi tormento.

ISABEL ¿Tanto te hace sufrir?...

ASUNCION ¿Cayetano? No soy ya na pa él; ¡una extraña!; ¡una intrusa!; ¡lo más dejao!; lo más odioso; peor aún, lo más despreciable, y to sin merecerlo... Porque yo te juro, Isabelita, por lo más sagrao, por la memoria de mi madre de mi alma, que después de casá, no le falté nunca ni con el pensamiento.

ISABEL ¿Pero él?...

ASUNCION Es espantoso, cada hora, ca minuto, se aumenta más y más su locura y con ella el rencor, la aversión por to lo que más quiso en la vida... Tú no sabes, ni quiera Dios que nunca lo sepas, lo que es estar al lado del hombre a quien adoras, del padre de tu hijo y comprender que es posible, en un solo instante, estar tan cerca y... tan lejos de lo que es pa una la vida entera. Tú no sabes el martirio infinito de sentir que se clavan en los tuyos unos ojos que siempre te miraron con fe y ahora parece que

se avergüenzan de mirarte, que recelan de too, que te acusan de lo más malo que pué existir pa una mujer.

ISABEL — No sabes tú tampoco, Asunción, la pena que me causan tus sufrimientos.

ASUNCION — Lo sé, gracias; gracias, Isabelita.

ISABEL — Ya verás cómo Dios se apiada de tí y de él.

ASUNCION — Y de nuestro hijo... Por él más que por mí; por él tan sólo es mi desesperación.

ISABEL — ¿Porque lo que Cayetano supone es que su hijo?...

ASUNCION — No es de él, sino de aquel infame...

ISABEL — Calla, ¡qué horror!

ASUNCION — Por eso tú mejor que nadie puedes profundizar y comprender mi pena, porque sintiendo como madre, te estremece el pensar si un día Ernesto dudara de que tu hijo fuera...

ISABEL — ¡Jesús, antes la muerte!...

ASUNCION — Antes la muerte, dices bien...

ISABEL — No, no... ¿Qué he dicho yo, Dios mío? Escucha, Asunción, Asunción... ¿No habrás pensao?...

ASUNCION — No he pensao en na y he pensao en to.

ISABEL — Por la Virgen Santísima, Asunción; por ese niño a quien tu vida le pertenece, júrame que...

ASUNCION — No puedo más, Isabelita; perdona el rato que te estoy haciendo pasar; pero necesitaba hallar consuelo y... ¿quién mejor que tú, que tanto me quieres y eres tan buena?...

ISABEL — Llora, desahoga la congoja de tu corazón, que el mío te acompaña en ella. ¡Pobrecita, pobrecita!... ¡Quién pudiera remediar tu dolor!...

(Por la derecha, Cayetano. Su aspecto es de preocupación y abatimiento, sin que esto reste la natural nobleza y simpatía a su modo de ser. Entra en escena como ensi-

mismado, sin reparar al pronto en su mujer ni en Isabelita.)

ASUNCIÓN — *(Interrumpiendo a Isabelita. Transición.)* Calla, es él, Cayetano. *(Pausa. Dirigiéndose a Cayetano.)* Saluda, hombre, que no estoy sola.

CANDELAS — Y aunque lo estuvieras; el salúo no se niega a nadie. ¿Qué tal Isabelita?... Perdone usted, que no había reparao; venía, como siempre, pensando en mis cosas.

ISABEL — Cuánto me alegro verle, Cayetano.

CAYETANO — Pa mí también es una alegría mu grande encontrarla a usted aquí... Y Ernesto, ¿no ha venido?... Yo les quiero a ustés de verdad, con toa el alma, ya lo sabe ésta... ya lo saben ustés también.

ASUNCION — Ernesto vino con Isabelita; pero ha bajao con padre y con el señor Cruz a tomar una copa. Ve a buscarlos si quieres, en el tupi están...

CAYETANO — No tengo humor...

JUANA — *(Que sale nuevamente, ya arreglada para la calle.)* ¡Vaya, cuando tu quieras, yo ya estoy dispuesta!...

ASUNCION — Tía Juana, que tenemos visita.

JUANA — Cuidao que eres tú cursi algunas veces, hija; mía que llamar visita a ésta!...

ISABEL — Tiene usted razón.

JUANA — Anda, échate un abrigo; cualquier cosa que ya está obscureciendo.

ASUNCION — ¿Y si despierta el niño?

JUANA — Lorenzo lo entretendrá. De toas maneras pa ir a la Cava Baja, que está un paso darle el pésame a la Pepita y ahuecar, no vamos a tardar un siglo, y... sobre to, que aquí está ya su padre... ¿Con quién mejor lo pués dejar?...

(Cayetano, inconsciente, al oir decir «su padre», hace un gesto muy marcado de incredulidad.)

ASUNCION (*Observándolo y sin poderse contener.*) Cayeta...

SABEL (*Rápidamente.*) Deja, no te des por aludida. Vale mucho la honra de una mujer pa enredarla en palabras, aunque sea con su propio marido. No digas na; si siente lo que piensa, peor para él.

UANA Y pa todos, Isabelita.

(*Asunción, muy afectada, hace mutis a la alcoba del niño—puerta izquierda—al tiempo que por la derecha entra de nuevo Ernesto.*)

ERNESTO Ya estoy de vuelta.

ISABEL Mira a quién encuentras aquí.

ERNESTO (*A Cayetano, que se habrá levantado para saludarle.*) ¡Cayetano, muchacho!... ¿Qué es de tu vida?... ¿Se trabaja mucho?...

AYETANO Regular.

ERNESTO ¿Cómo marchan esos relojes?...

AYETANO Tan divinamente. Y usted, D. Ernesto, ¿qué cuenta?...

ERNESTO Pero hombre, no me digas don Ernesto, ni me hables de usted.

AYETANO Es que no me acostumbro; le debo a usted tanto, que cuando le veo, puede más en mí el respeto que la confianza y el cariño.

ERNESTO Bobadas; entre nosotros no hay más que una leal amistad. Nada me debes; a otras personas sí se lo debes todo, y me consta que las haces sufrir injustamente.

AYETANO Si es así, ¿qué no estaré sufriendo yo?...

ERNESTO Mucho, es verdad, pero... hay que ser fuerte, Cayetano; no dejarse arrastrar por el fantasma de una idea que el corazón condena y la razón desmiente. No olvides que en esta causa de ahora nadie te puede defender, que tienes que ser tú el que has de defenderte contra tí mismo.

AYETANO No lo olvidaré. (*De la alcoba sale Asun-*

ción. Se ha puesto a la ligera un abrigo o prenda adecuada para la calle.)

ASUNCION — Vamos, tía Juana.

JUANA — Vamos.

ASUNCION — Pué que no se despierte el niño antes de que volvamos; le he dejao bien abrigadito. *(A Isabelita, que se dispone para marchar.)* ¿Vosotros os vendréis pa allá?

ISABEL — ¡Digo! Ahora mismo.

ERNESTO — El desfile se impone.

JUANA — Pero... ¿y Lorenzo, no subió con usted, Ernesto?

ERNESTO — No tardará; se quedó rezagado un poco en el tupi, porque hay un individuo tocando la guitarra y cantando malagueñas, que da gloria oirlo.

CAYETANO — Bueno es el padrino pa el flamenco, un aficionado de verdad...

ERNESTO — Yo también lo he sido, y hasta me precio de entender un poquito de estas cosas. Ahora es el fandanguillo y las bulerías lo que impera; pero este cantaor que está abajo se ha arrancao el hombre por una malagueña a lo clásico, estilo Juan Breva, que daba escalofrío.

ISABEL — Bueno, vamos, Ernesto.

ERNESTO — Ellas mandan. *(Despidiéndose.)* Lo dicho, Cayetano; a ser persona formal y a estar tranquilo. Ya nos veremos más despacio.

CAYETANO — Cuando usted quiera.

ASUNCION — *(A Cayetano.)* Ya sabes dónde vamos, digo... si no te desagrada...

CAYETANO — A mí... ¿por qué?... Es muy natural.

ISABEL — Vaya, hasta otro día, Cayetano, puesto que usted se queda.

CAYETANO — Hasta otro día, Isabelita, y que siga tan bueno el chaval; adiós, Ernesto. *(Demostraciones adecuadas de despedida. Mutis derecha de Asunción, Isabelita, Ernesto y*

la señora Juana, que al tiempo de salir, dice a Cayetano:)

JUANA — Le diremos al paso a Lorenzo que suba pa que no estés solo.

CAYETANO — Es igual. *(Queda solo en escena, como desorientado. Por hacer algo, saca un cigarrillo y lo enciende; después se dirige a la alcoba, puerta izquierda, y retrocede sin entrar, dando muestras de gran malestar y abatimiento.)* ¡Qué suplicio! Me paece que hasta el aire me falta. *(Abre el balcón y simula aspirar con delicia el aire de fuera. En este momento se percibe el rasguear de una guitarra y la voz de un hombre que con entonación de malagueña muy sentida, como bosquejó Ernesto, canta.)*

VOZ INT.

Tengo una duda en el alma
que me roba la alegría,
el corazón y la calma.
Desde aquel maldito día,
tengo una duda en el alma.

(Terminado el cantar, se oye muy brevemente los oles y el barullo de los que jalan al cantaor. Cayetano, que habrá prestado atención a la copla, cierra el balcón con violencia, dejando bruscamente de oirse todo rumor ajeno a la escena.)

CAYETANO — ¡Tengo una duda en el alma!... Es verdad. Ya sé quién es el cantaor. Alguno de mis amigos, de los que han alternao conmigo en el tupi, porque la letra es intencioná, ya lo creo. ¡Hasta eso hemos liegao! Ya anda por ahí en coplas lo que antes era toa mi vida. *(Pausa.)* Sí, sí, de hoy no pasa. Hay que hacer lo pensao... ¡Y hacerlo ahora mismo!...

(Como quien teme poder volverse atrás de una idea, rápidamente entra en la alcoba donde se supone duerme el niño, dejando la puerta abierta. Queda sola la escena.

Hay un pequeño intervalo en que parece suspendida la acción del drama a los ojos del espectador. La luz crepuscular, que como se indica al principio del acto, se inicia a la mitad del mismo, acentuándose gradualmente, es ya vencida por completo: la noche invade la escena. Por la derecha el señor Lorenzo, que al entrar abre la llave del aparato eléctrico, que ilumina la habitación. Repara en que la puerta de la alcoba está abierta, y sobresaltado se dirige presuroso a la misma, deteniéndose en el dintel y mirando con avidez al interior.)

LORENZO — *(Llamando quedamente a Cayetano.)* Cayetano... ¿qué haces?... que lo vas a despertar. Ven, hombre, ven. *(Pequeña pausa. Sale Cayetano tratando de disimular que hay lágrimas en sus ojos.)* Pero tú has llorao... ¿Por qué te atormentas de ese modo?

CAYETANO — Esto no pué ser, padrino; no pué ser, ni un día más.

LORENZO — No pué ser, tiés razón... Se me desgarra el alma al decirlo; pero estoy convencido de ello... Esta situación no pué continuar de ninguna manera.

CAYETANO — Es imposible.

LORENZO — Ya ves que estamos de acuerdo los dos, y mucho que me alegro de que nos hayamos quedao así; solos, sin testigos que obliguen a ocultar el pensamiento, pa que nos podamos mirar frente a frente a la cara y saber...

CAYETANO — Na podré yo saber; en mi vida no hay más que sombras; estoy condenao a ignorar pa siempre... ¿Por qué maté, sin antes arrancar de sus labios malditos toa la verdad de lo que en sus palarbras me dió a entender... ¡Bien merecío lo tengo!! Necio el hombre que fía de una mujer caída y la re-

dime, pa luego... sufrir las consecuencias de su traición y pasar las torturas que yo estoy pasando.

LORENZO — Cayetano... ¿qué hablas de mi hija?

CAYETANO — Hablo de mi mujer; pero... tié usted razón, padrino. Nunca debí decir en su presencia... ha sío una crueldad, le he hecho a usted mucho mal; perdón; con toda mi alma le pido a usted que me perdone; estoy loco; no sé lo que digo.

LORENZO — Y qué más da, si aunque no las hubieras pronunciao, el dolor de esas palabras está en tu corazón. Eres injusto, Cayetano, con tu mujer, que no lo merece, con esa criatura tan inocente y tan ajena a toda culpa, conmigo, que hubiera sido el más despreciable de los hombres al consentir tu unión con mi hija sin el convencimiento de cómo y por qué llegó a tus brazos tan desgraciada; eres injusto hasta con tu propio sentir verdadero.

CAYETANO — To lo que ha dicho usted es muy cierto; yo mismo me desprecio por pensar lo que pienso y quiero creer que Asunción es la más buena de todas las mujeres, y, sin embargo...

LORENZO — Dudas.

CAYETANO — Dudo, sí, pero... usted lo comprende, ¿verdad, padrino?... Dígame usted que sí; que no me juzga mal, que comprende mi pena.

LORENZO — To lo comprendo, Cayetano; por encima de to, debemos poner siempre la verdad.

CAYETANO — ¡La verdad!... Y en este caso, ¿quién pué demostrarla?

LORENZO — Después de lo pasao, pa un padre la verdad es creer que su hija es la más honrá; pa un marido, forzosamente es suponer que su mujer no lo sea. *(Pausa. Entre los dos*

vivamente compenetrados, hay un momento de mímica efusión.)

CAYETANO — Muchos días, queriendo recobrar mi fe, vencerme a mí mismo, he llegao a casa con el afán de hallar lo que antes hallaba, y si al entrar, de momento, no veía al niño, iba a preguntar a Asunción con esa alegría tan única y tan buena que sienten toos los padres: Dime... ¿Dónde está nuestro?... No podía terminar; era como si una mano invisible, la mano rígida y crispá del muerto, me apretase así la garganta, con saña, con furia, diciendo: «Calla, tú no tienes derecho pa darle ese nombre; yo era el que lo tenía, ¡yo!; por eso me has matao... ¡cobarde!, ¡cobarde!

LORENZO — Alucinaciones, quimeras.

CAYETANO — Y si, por el contrario, cuando llego, es el niño el que sale a mi encuentro, con sus pasitos torpes e inseguros, si lo cojo en mis brazos... ¡Qué tormento! Entonces es el buscar en sus ojos con ansia... Dime... ¿a quién te pareces?... Dímelo, y en su mirada, dulce, serena, to está dormido como un cielo sin luz en que se pierde toa la fe de mi vida, y si haciéndome fuerte a mi dolor le doy un beso, es algo horrible que me estremece recordar, porque en ese momento toa la inocencia de su cara se transforma y lo veo... lo veo como si me mirara asustao, con extrañeza, como si me quisiera decir: «Pero si tú no eres mi padre... ¿por qué me besas?...»

LORENZO — Sí. No hay corazón capaz de resistir ese martirio.

CAYETANO — Esto es más fuerte que mi voluntad; más fuerte que mi vida entera.

LORENZO — Es preciso encontrar una solución, un medio de...

CAYETANO — Ya lo he encontrao.

LORENZO ¿Tú?...

CAYETANO Esta tarde me he despedido del taller.

LORENZO Pero...

CAYETANO Me voy, lejos, muy lejos; donde no sienta, donde no vea a los que... fueron míos.

LORENZO Pero eso es imposible; to el que lo sepa pensará que los has abandonao.

CAYETANO Pensarán una infamia si así piensan... Yo separo de ellos mi corazón porque es mío y aquí no puede estar; lo que mi vida y mi trabajo produzca, adonde quiera que vaya, eso no es mío, es de ellos y lo tendrán desde donde sea.

LORENZO ¿Y la pena de mi hija cuando se entere? ¿Y esa criatura?...

CAYETANO Por él lo hago más que por na... ¿O quiere usted que un día, cuando vea en sus ojos lo que antes dije, la locura me ciegue y sea capaz?...

LORENZO ¡No!... ¡Vete, vete! Tiés razón, no hay otro remedio.

CAYETANO Lo que ha de ser cuanto antes; to lo tengo dispuesto; de él *(Señalando a la habitación donde duerme el niño.)* ya me he despedío... Por eso me encontró usted en la alcoba; de los demás, no debo hacerlo.

LORENZO ¿Ni de mí tampoco?...

CAYETANO Usted viene conmigo en lo más hondo de mi corazón, que ha sío pa mí un padre siempre, siempre.

LORENZO Entonces... ¿cuándo?

CAYETANO Esta misma noche, ahora mismo, aprovechando que no está ella. Luego le dice usted, y a la tía Juana... eso, que me fuí... que algún día pué que vuelva.

LORENZO Entonces, júrame por... tu madre, por nuestra Virgen de la Paloma, que volverás.

CAYETANO Volveré cuando esté curao... cuando Dios quiera. *(Pausa. Tras breves instantes de*

indecisión, se abrazan con emoción inmensa.)

LORENZO ¡ Cayetano, hijo mío !

CAYETANO ¡ Padre !... ¡ Pobre viejo !... ¡ Na de llorar !, ¿eh ... Esto hay que hacerlo... ¿no?

LORENZO Sí, hay que hacerlo.

CAYETANO Pues ya lo sabe usted... na de llorar, sin pena, como yo...

LORENZO Ya lo ves, estoy tranquilo... Los hombres tién que demostrar que lo son. *(Va a salir Cayetano y vacila; como obedeciendo a un* solo impulso, sin palabras, se abrazan nuevamente, *rompiendo el grupo en un arranque definitivo Cayetano, que hace mutis por la derecha, como si huyera de su propia vida. Queda solo en escena el señor Lorenzo. Momento de expresión encomendado al actor. Después entra en la alcoba, para seguidamente salir con el niño en los brazos como hablando con él.)* ¿Qué... ya te has despertao, corazón mío?... Mírame; estás con el abuelo, con el abuelito... *(Se sienta con el niño en sus rodillas.)* Pero... se te cierran los ojos... ¿Tiés más sueño?... Verás; yo te cantaré como a tí te gusta. *(Adormeciéndole, quedamente entona con la voz velada por la emoción.)*

Duerme, niño chiquito,
que viene el coco,
y se lleva a...

(No termina; el llanto le ahoga; puede más que él, cortando entre sollozos el estribillo.)

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Es la tarde del 15 de agosto, festividad de «La Asunción». Nos encontramos en la misma habitación que sirvió de marco al acto segundo.

Por ser la Virgen de la Paloma, y para presenciar el paso de la procesión, hay gran animación y concurrencia en la escena. Todo este acto ha de ser muy movido, de mucha luz y de mucho ambiente. Durante todo él deben percibirse en el público, a compás de la acción, los múltiples ruidos característicos de esta clase de fiestas que se supone llegan de la calle: gritería, pitos, algún pregón, etcétera, etcétera. El balcón del foro está abierto de par en par. Pende de su barandilla un mantón de Manila a modo de colgadura. Asomadas al mismo, CARMEN, GLORIA y dos o tres muchachas más, se disponen a no perder detalle del popular festejo. Sobre la mesa de comedor que, como en el acto anterior, ocupa el centro de la escena, hay una bandeja de mimbre llena de flores, que para arrojarlas al paso de la Virgen están preparando ASUNCION, ISABELITA y PEPITA, que viste de negro. La ABUELITA SOLE, sentada junto a la mesa, toma parte también en esta labor. El SEÑOR LORENZO y ERNESTO obsequian a las muchachas con vino

y pasteles. ISABELITA, luce mantón de Manila; la misma prenda pueden usar también, si es su gusto, CARMEN y GLORIA y las muchachas que completan el cuadro, aunque creemos de mayor naturalidad que, en total, incluyendo a ISABELITA, no sean más que dos o tres las que ostenten el clásico pañuelo. Al descorrerse la cortina, algazara, risas y alegría consecuente a la situación.

MUCHACHA 1.ª ¡Qué jaleo!... ¡qué griterío!...

MUCHACHA 2.ª ¡Cómo está la calle!...

MUCHACHA 3.ª No hay donde colocar un alfiler.

CARMEN Mirar, mirar; esa pobre señora la van a espachurrar.

MUCHACHA 1.ª ¡Qué barbaridad, qué empujones!

MUCHACHA 2.ª Desde aquí da gusto verlo; pero anda, que ahí abajo... ¡cualquierita!...

GLORIA Pues no os digo na esa, que si no está de nueve meses, le falta un día, y que no es decidía la prójima... ¡Hay que ver!

CARMEN ¡Vaya empellón que le han arreao!

MUCHACHA 1.ª ¡La van a desgraciar!...

LORENZO Eso quisiera el marido.

GLORIA ¡Señor Lorenzo!...

LORENZO Claro, mujer; cuando la trae a esas apreturas, las intenciones no deben ser muy buenas. Con que... vamos a ver quién se anima con otro pastelito.

TODAS Yo, yo.

CARMEN Se pone usted tan pesao...

GLORIA Y somos tan golosas...

ERNESTO Y con otra copita hay que animarse también, ¿eh? A mí no se me puede dejar feo.

CARMEN Ernesto, que nos vamos a pitimar.

ERNESTO ¡Bah, por un día! Hoy es la Virgen de la Paloma y hay que portarse como las buenas.

MUCHACHA 1.ª No sea usted tentador.

GLORIA Pa tentador, aquel pollito que está detrás de esa muchacha de la blusa gendarme... ¡Fíjense ustedes!

LORENZO ¡Vaya un socio!... Ha tomao preferencia.

MUCHACHA 2.ª Será su novio.

CARMEN Qué había de ser, mujer... A un novio no se le puén permitir ciertas cosas... ¡Qué pensaría!...

SOLE *(Preguntando a las que están asomadas.)* ¿Viene ya la procesión?

GLORIA Entoavía, no, Abuelita Sole. Pero ya debe estar pasando por la calle de Toledo.

SOLE Pues en cuanto que entre en la de Calatrava, avisar, que quiero mirarla bien, por si es el último año que la veo.

ISABEL Abuelita, por Dios, no diga usted esas cosas.

SOLE Es lo más natural, hija mía.

ASUNCION No la hagas caso, Isabelita; lo dice pa que nosotras le digamos que ahora está mejor que nunca.

SOLE No es por eso, no... Ya es justo el ir pensando en la mayor verdad. Mira, en mi sotabanco de la calle de la Paloma hay una ventana desde donde se ve mucho, mucho cielo. Antes miraba yo y decía: ¡Qué hermo es, pero qué lejos se encuentra!... Ahora, o la ventana está más alta o el cielo está más cerca.

LAS DEL BALCON ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!...

CARMEN Sí, ya han dao los romanones la vuelta a la esquina.

(Crece el bullicio en la calle. Lorenzo y Ernesto dejan la bandeja y botella en el aparador.)

ERNESTO *(Acercándose a la mesa.)* ¿Están esas flores?...

ISABEL Mira, Ernesto, mira qué preciosas...

ASUNCION No se quejará la Virgen, que bien bonita la vamos a poner.

SOLE Más que lo es Ella, ¡imposible!

ISABEL Hay que tirarlas todas a su paso, que no quede ni una en la bandeja.

ASUNCION — Ni una; pa Ella son; pa Ella se han traído.

LORENZO — Qué alegría de fiesta... con qué fé y con cuánta bulla se echa a la calle el barrio entero y to el pueblo de Madrid. *(Va al balcón.)*

SOLE — Tié razón Lorenzo.

ERNESTO — Desde que sacan a la Virgen en procesión, parece que le han dado más vida a la fiesta.

LORENZO — Mucha más. La Virgen baja de su altar, sale a la calle; quiere ser verbenera como sus hijas. *(En este momento, voces dentro, algo lejanas: «Viva la Virgen de la Paloma.» «Viva.»)*

ISABEL — *(A Pepita.)* Pero Pepita, ¿tú no dices nada?... Qué triste estás; anda, mujer, asómate, alegra esa cara.

PEPITA — ¿Cómo quiés que esté?... Me acuerdo de mi madre, de que el año pasao ví yo la procesión desde aquí con ella, y, en cambio, éste...

SOLE — Tu madre la verá también desde allá arriba.

LORENZO — *Amos,* ven, limpia esos lagrimones que te pones muy fea; tú, que eres tan bonita... Ven que te hagan un hueco estas codiciosas... *(Llevándola al balcón.)*

PEPITA — Gracias, señor Lorenzo, muchas gracias...

GLORIA — Aquí, aquí, Pepita, a mi lao... Mira cuánta alegría; no llores, mujer...

SOLE — No dejéis de avisarme en cuanto llegue.

CARMEN — Descuide usted, Abuelita. Se han quedao paraos a la entrá de esta calle.

ERNESTO — Para usted tiene que ser el mejor sitio; no faltaría otra cosa.

(Simula seguir hablando con la Abuelita Sole. Lorenzo, en el grupo de las muchachas. Isabelita, aparte, a Asunción.)

ISABEL — ¿Qué tienes?... No sé cómo te encuentro, tan preocupada; me das temor, Asunción.

ASUNCION — Demasiao disimulo mi pena, Isabelita; bien

lo sabes... Cerca de un año hace que se fué Cayetano, que me dejó a mí y a su hijo, que nos abandonó, según dicen todos... Entoavía el año pasao, tal día como hoy, a pesar de sus dudas, a pesar de to, estaba a nuestro lao y yo era dichosa.

ISABEL — Y hoy también lo serás. La Virgen ha de remediar tu dolor; ten confianza.

ASUNCION — Es que esta situación es ya insostenible; más angustiosa que la pasada, porque antes era él el que dudaba, y él tenía derecho pa to, hasta pa eso; pero ahora es la gente, son toos los que dudan y los que dicen. «Cuando él se fué, cuando él la dejó, sus razones tendría pa hacerlo»; y eso, no... La gente, los demás, no tién derecho pa ofenderme, pa creer que fuí mala.

ISABEL — ¡Bah!... No te martirices, mujer. ¿Qué te puede importar lo que crea la gente? Déjalos; harta desgracia tienen si piensan de ese modo. Mira tu padre cómo ríe. *(El señor Lorenzo reirá en conversación animada con las muchachas.)*, cómo procura hacerse fuerte a su dolor.

ASUNCION — Por mí, pa animarme; pero bien sabes tú lo que él sufre también.

ISABEL — Vamos, no seas adusta; deja que te ponga en el pecho esta flor. *(Lo hace.)* Así, cuando pase la Virgen, te la quitas y se la arrojas, y como ha estado junto a tu corazón, ella le dirá...

ASUNCION — Se lo diré yo misma, Isabel; yo misma... que no pueo sufrir más, que me salve o me mate de una vez; pero que acabe esto. *(Cogen entre los dos la bandeja de las flores que llevan al balcón. Las Muchachas, con gran algazara, toman ramos para estar prevenidas.)*

LORENZO — *(A Asunción.)* Y el niño, ¿no sale?...

ASUNCION — Lo está acabando de vestir la tía Juana, viene en seguida.

CARMEN — Abuelita, ande usted, que ya está aquí la procesión...

SOLE — Voy, voy... La Virgen es lo que me interesa; los romanones y los cofrades, verlos vosotras; serán buenas personas, pero son feos.

ERNESTO — *(A la Abuelita, que se habrá levantado.)* Día completo, porque esta noche no perderá usted la kermés.

SOLE — ¡Qué he de perder, muchacho! Siempre que Isabelita y tú me acompañéis... Ya sabes que mi objeto es que esta tonta de siete suelas *(Por Isabelita.)* vea representar a los cómicos «La verbena de la Paloma», que la echan esta noche en la kermés, ¿verdad, Ernesto?...

ISABEL — Sí, Abuelita; en ese solar tan grande que hay aquí enfrente, han levantado un escenario con esa idea.

SOLE — Mucho me temo que nos quedemos sin las invitaciones.

ERNESTO — El Sr. Cruz, que está encargado del ambigú, me dió su palabra. *(En esto, el señor Cruz, que entra rápidamente por la derecha.)*

CRUZ — Y aquí están, que no *me se* pone a mí na por delante, tratándose de servir a la Abuelita Sole y a los ilustres continuadores de su estirpe... Digo, no he dicho na, una pochez, ca día me expreso yo más elegantemente...

(En la calle, los rumores característicos del paso de la procesión se acentúan: música, campanillas, tambores, todo armoniosamente compaginado dentro de su desarmonía, por la dirección escénica.)

LORENZO — ¡Hola, Tupinambilla!... Aquí tiés un hueco.

CRUZ — Lo cedo al elemento femenino *diznamente* representao en este balcón; yo a la Virgen no necesito verla; me basta con sentirla.

SOLE — Sñor Cruz, no sabe usted cuánto le agradezco...

CRUZ — A mí no tiene usted que agradecerme na; es un deber.

ASUNCIÓN — Ya estará usted contenta, Abuela.

SOLE — ¡Vaya si lo estoy, ya lo creo!

CRUZ — Lo que yo no me explico, y si me lo callo reviento, es el interés tan grande de la Abuelita porque vea aquí su señora de usted «La verbena de la Paloma», una función más vieja que...

SOLE — Vieja será, y por eso, digna de respeto. ¡Qué buen madrileño no mira con cariño esa obra ejemplo del teatro y de la vida!

CRUZ — También eso es verdad.

SOLE — Mire usted, amigo Cruz, o amigo Tupinamba, como más le agrade; mi nieta Isabelita no ha visto nunca representar «La Verbena».

CRUZ — Bueno; si yo no lo discuto; pero no creo que eso sea, como faltar a los mandamientos...

SOLE — Pudiera serlo. Cuando yo era, más que moza, que decían que era muy bonita...

LORENZO — ¡Un monumento... y aún, aún!...

SOLE — Calle usted, carcamal. Pues entonces estaba en todo su apogeo esa función. Yo tenía, cómo no, moscardones que me rondaban como a la Susana, de la «Verbena», y alguna vez como la Susana, dudé entre el hombre honrado que era mi esposo y el granuja sin lacha y con dinero que quería perderme; pero una noche, en el teatro de Apolo, ví «La verbena de la Paloma», y allí reí primero y lloré después, porque aprendí cuál era mi deber y mi camino.

CRUZ — ¡Justificao, na, justificao! Pues nada, esta

noche toos a la kermés, donde se representa esa joya.

LORENZO — Y yo el primero, que donde esté un castizo, el señor Lorenzo no se queda atrás.

CRUZ — Eso que ustés, pa ver la función, bueno que crucen a la kermés; pero para oirla, como el solar está ahí enfrente, y la cosa es a la intempéride, aquí, desde el balcón, se oirá divinamente.

LORENZO — ¡Digo!, poco bien que oímos ayer el ensayo sin perder palabra... ¿Verdad, Asunción?

ASUNCIÓN — Verdad, padre.

CRUZ — Hoy también estás tos preparáos pa empezar a ensayar dentro de un momento; ahora que por eso mismo de que se oye desde la calle, están esperando a que pase la procesión pa no mezclar los sonidos profanos con los divinos o viceversa.

LORENZO — *(A Asunción.)* Pero mujer... ¡en qué estás pensando... desarruga esa cara, que la Virgen no quié encontrar a nadie con mal gesto.

GLORIA — Asomarse tos, que ya se acerca. *(Todos los personajes se agrupan en el balcón menos el señor Lorenzo y Ernesto, que a una seña significativa del señor Cruz acuden a su llamada y forman un aparte con éste, separados del conjunto.)*

CRUZ — Vengan ustés pa acá.

LORENZO — ¿Qué pasa, hombre?... ¡Qué nos vamos a perder lo mejor!

CRUZ — Lo mejor es lo que voy a decir yo ahora.

LORENZO — Alguna de tus cosas... como si lo viera.

CRUZ — De mis cosas... ¡bueno!... Te vas a quedar petrificao.

ERNESTO — Hable usted, que nos tiene intrigados.

CRUZ — Pues... a *desintrigarse* y... sin *arrodeos*, allá va. En esta misma calle, en la acera de enfrente, y estratégicamente disimulao entre

la muchedumbre, pa que no lo diquelen desde aquí, está Cayetano.

LORENZO ¿Qué dices?...

ERNESTO Pero... ¿es cierto?

CRUZ La epístola.

LORENZO Tú estás de broma, Cruz.

ERNESTO ¿Usted no ha?... *(Haciendo indicación de beber.)*

CRUZ Ayer, sí; pero hoy, no. Además, ¿me iba yo a permitir bromitas con una cosa como ésta? Ahora mismo, antes de subir, le acabo de hablar.

LORENZO Pero... ¿le has hablao?...

CRUZ ¿No lo estás oyendo?...

LORENZO Si no es posible, si no hace ni veinte días que he recibido un giro suyo desde la Habana.

CRUZ Eso no demuestra más que una cosa; que después de lo que tú dices es indudable que se ha embarcao...

LORENZO Y... ¿qué te ha dicho?... ¿Va a subir?... ¿Viene pa quedarse?... ¿Está convencido?...

CRUZ Para el carro... ¡Chavó, no preguntas tú na!...

ERNESTO Claro; es necesario puntualizar, saber... No es cosa de perderle la pista... ¿No le ha dicho na concreto?... Diga usted...

CRUZ La verdad, lo que me ha dicho es algo así peor que un rompecabezas. A ver si yo me sé explicar; me ha dicho que... ha vuelto y que no ha vuelto; que quiere y que no quiere; que no sabe si la verdad es mentira o si la mentira es verdad; que está más loco que nunca y más cuerdo que siempre. ¡Ah!, se me olvidaba; y me ha dicho también... ¡Vaya un calorcito el que hace en Madrid este mes de agosto!... To eso me ha dicho; yo no recuerdo más. Pero me parece que pa formarse una idea de lo que piensa hacer, ya es bastante.

ERNESTO — Es necesario verlo; evitar que se nos vuelva a marchar otra vez.

LORENZO — ¿Dices que está ahí abajo?... Vamos volando, Ernesto.

CRUZ — Pare usted el aeroplano, amigo, y aterrice. Yo creo que conviene disimular.

ERNESTO — El señor Cruz dice bien... Asunción no debe saber...

CRUZ — Natural, pues así que la impresión... ¡pa que se narcotice! Vamos por sus pasos contaos.

LORENZO — Pero...

CRUZ — Dejarme acabar, que lo más importante lo he dejao pa el prólogo. Después que el hombre desembuchó toas las razones que ya he manifestao, *quedemos* en que luego a las ocho nos esperará a los tres en mi bar Mussolini de la calle Toledo. El me dió palabra de que allí estará; yo le dí la mía de que allí iremos y de que a las señoras, ni jota de to este asunto, y... ahora, sí que no tengo que decir más.

LORENZO — Gracias, Cruz, gracias. Eres un gran amigo; no sabes la alegría...

CRUZ — Luego veremos... porque si nos larga otro disco como el que antes me ha colocao... ¡camará!, nos vamos a quedar tos lo mismo, sin saber si es verdad la mentira, si está chaveta o si nos quié tomar el pelo, o si hace frío en agosto.

GLORIA — ¡La Virgen!... ¡Ya está aquí la Virgen!

ISABEL — ¡Qué preciosa!

MUCHACHA 1.ª — ¡Qué bonita es!

JUANA — *(La señora Juana sale puerta izquierda, trae de la mano al niño de Asunción, muy primorosamente arreglado.)* Vaya... ¿Hay un sitio pa este hombrecito?

ASUNCION — ¡Hijo mío! Ya lo creo... ¿No lo ha de haber, en los brazos de su madre? *(Coge al niño y lo asoma.)*

ERNESTO — La Virgen pasa; vamos a verla.

CRUZ — Vamos...

LORENZO — ¡La Paloma! Devuélvenos a Cayetano, Virgen mía. *(Los tres se aproximan al balcón.)*

CARMEN — ¡Qué carita de pena tiene... parece que va llorando!

SOLE — Por nosotros, hija mía.

GLORIA — ¡Qué hermosa eres! ¡Bendita seas!

PEPITA — ¡Madre mía, ruega por nosotros!

ISABEL — ¡Madre de Dios, bendícenos!

LORENZO — Madre de tos los hombres, misericordia, misericordia.

CARMEN — ¡Qué bien, que la paran aquí!...

GLORIA — Pronto; las flores, las flores.

(Es el momento de mayor entusiasmo en la calle. Todo el efecto interior consecuente al paso de la Virgen por delante de la casa. Desde el balcón son arrojadas por las muchachas las flores; después, algunas se arrodillan; otras simulan seguir contemplando a la Virgen con fervor. El señor Cruz y Ernesto hincan una rodilla y en medio de este cuadro, al que se ha de comunicar toda la infinita emoción y belleza que requiere, Asunción, de pie, con su hijo en los brazos y al mismo borde de la barandilla, deja oir su voz, que, por la natural sorpresa, instantáneamente contrasta y se sobrepone a todo el general efecto del conjunto. El Sr. Lorenzo, percatado de la actitud de Asunción, dos o tres pasos detrás de ella, como en expectativa.)

ASUNCION — ¡Virgen de la Paloma, óyeme! No puedo sufrir más; me crean una mujer sin honra: ¡óyeme, madre mía! ¡Este es mi hijo, míralo; si alguna vez en la vida corre peligro, Virgen de la Paloma, yo que lo puse bajo tu protección, te pido que si soy culpable me castigues en él, que lo dejes morir, que

no lo defiendas, y si soy inocente, te pido que lo salves. Ya ves tú, que eres madre... si estaré persuadía de que soy buena y de que tú lo sabes, cuando te pido esto... No puedo más, no...

(Súbitamente se desvanece, como herida por una fuerza misteriosa. Sin que nadie pueda evitarlo, y menos ella, ceden sus brazos, y el niño, al perder su sostén, se precipita de éstos a la calle. En este instante se oye dentro desgarradora la voz de Cayetano.)

CAYETANO *(Interior.)* ¡ Hijo !... ¡ Hijo de mi alma !

(La sensación general de espanto es imposible e imprecisa de reseñar. La fuerza misma de la situación impone a cada personaje su grito, su exclamación, su actitud, su gesto. Asunción, al desvanecerse, no llega a caer al suelo. Es sostenida y acondicionada en una silla por Lorenzo, Cruz, la Abuelita Sole y algunas de las Muchachas. Los demás personajes se dividen: Ernesto, Juana, Gloria y Carmen salen presurosos, dando la sensación de que bajan a la calle. Isabelita, Pepita y las demás muchachas miran con avidez y angustia por el balcón. Todo este juego rápido, con los detalles de verismo más exactos que cada uno pueda aportarle. Como se ha dicho, la confusión que sigue a la caída del niño, escapa a toda explicación; es un momento que hay que vivirlo en la escena. Es consecuente que a la caída, un grito de espanto se escape a cada uno de los personajes que hay en escena. Este grito repercute en la calle. Casi simultáneo, los rumores interiores de angustia, se transforman, convirtiéndose en murmullos de alegría y de fe. De la calle llegan precisas las palabras: «Milagro, milagro.» «Está vivo, la Virgen lo ha salva-

do.» «¡Viva la Virgen de la Paloma!» A raíz del accidente, y al mismo tiempo que se desarrollan todos los efectos de acción descritos, sigue el diálogo. Exclamaciones simultáneas a la caída, a los gritos de terror y a la confusión general.)

PEPITA — ¡Se le ha caído de los brazos!

MUCHACHA 3.ª — ¡Recogerle, por Dios!

ERNESTO — ¡Vamos, vamos volando, pronto!...

(Ahora es el momento de la división de los personajes que queda citada y de que empiecen a llegar de la calle las exclamaciones de alegría que suceden a las de espanto. En la escena, los que socorren a Asunción.)

LORENZO — *(Atendiendo a su hija e implorando a todos.)* ¡El niño! ¡El niño!...

CRUZ — Ahora sabremos; antes la madre, la madre antes que to.

SOLE — Asunción, hija, hija... ¿No me oyes?

CRUZ — No es na; respira, tranquilizarse...

LORENZO — ¿Qué dicen?... ¿Qué gritos son esos?...

ISABEL — Dicen que se ha salvado, que es un milagro de la Virgen.

PEPITA — Un milagro; ha caído sobre el palio... míralo, está vivo y llora.

ISABEL — Ya llega Ernesto y esas.

MUCHACHA 3.ª — Y un hombre que lo quié coger, atropellando pa lograrlo a to el mundo.

PEPITA — Si es su padre... Fíjate, Isabelita, fíjate...

ISABEL — Cayetano; es Cayetano, señor Lorenzo.

SOLE — ¡Virgen de la Paloma, tú lo has hecho; qué grande es tu poder!

CRUZ — Paece que abre los ojos... Asunción, vamos, mujer...

LORENZO — Asunción, hija.

ASUNCION — *(Reaccionando dentro de una gran naturalidad, como si volviera de un sueño.)* ¡Dios mío!... ¿Qué es lo que ha pasao?... ¿Que ha sido esto?...

CRUZ — No se ha dao cuenta de na... no decirla.

ISABEL — Ya suben. Cayetano lo trae en sus brazos y lo besa; ya suben.

PEPITA — Y la gente quiere subir con él.

MUCHACHA 3.ª — Otros dan vivas a la Virgen y la aplauden. *(Rumores interiores de acuerdos con estas palabras.)*

ISABEL — Ya continúa la procesión su camino. *(Música en la calle, efecto de que la procesión se aleja. Acercándose a Asunción.)* ¡Chiquilla, qué susto nos has dao! ¡Ya eres feliz; la Virgen te ha oído!

ASUNCION — Yo no me sé explicar lo que ha ocurrido; dímelo tú, Isabelita.

(En esto, por la derecha, precipitadamente y con gran alborozo, Ernesto, Cayetano, con su hijo en los barzos, sano y salvo; la señora Juana, Carmen, Gloria; todos los personajes, en fin, que simularon bajar a la calle. Tras ellos pueden entrar algunos curiosos.)

ERNESTO — *(Rápido a Asunción, con mucha alegría.)* Cayetano te lo dirá, mujer, que aquí lo tienes.

CAYETANO — No se ha hecho na... mirarlo, está sano, me acaricia y se ríe; es mi hijo, es mi hijo. *(Lo besa con inmenso afán. El señor Lorenzo coge al niño y, llorando, lo besa también. Cayetano, ofreciendo los brazos a Asunción, que se refugia en ellas.)* ¡Asunción, mi vida, perdón... perdóname!

ASUNCION — Cayetano! *(Permanecen abrazados breves instantes. Todos contemplan con alegría y emoción la escena.)*

CAYETANO — *(Como quien no da crédito a su dicha, interrogando al señor Lorenzo.)* Pero... padrino, ¿qué ha sío esto?...

LORENZO — *(Entregando el niño a Asunción.)* No lo sé... Dicen que ha sío un milagro; ca uno que lo juzgue de su manera; pero yo, el señor Lorenzo, creo que hay un Dios que

no nos abandona... Que esta dicha tan grande que tos sentimos ahora, la tenemos..
«Por ser la Virgen de la Paloma.»
(Como un eco de estas palabras, dentro, un conjunto de voces e instrumentos entonan la primera estrofa del inmortal pasacalle de «La Verbena».)

VOCES INT. «Por ser la Virgen de la Paloma», etc., etc.
(Cuadro adecuado a la situación.)

TELON

FIN DEL DRAMA

Precio: TRES pesetas.